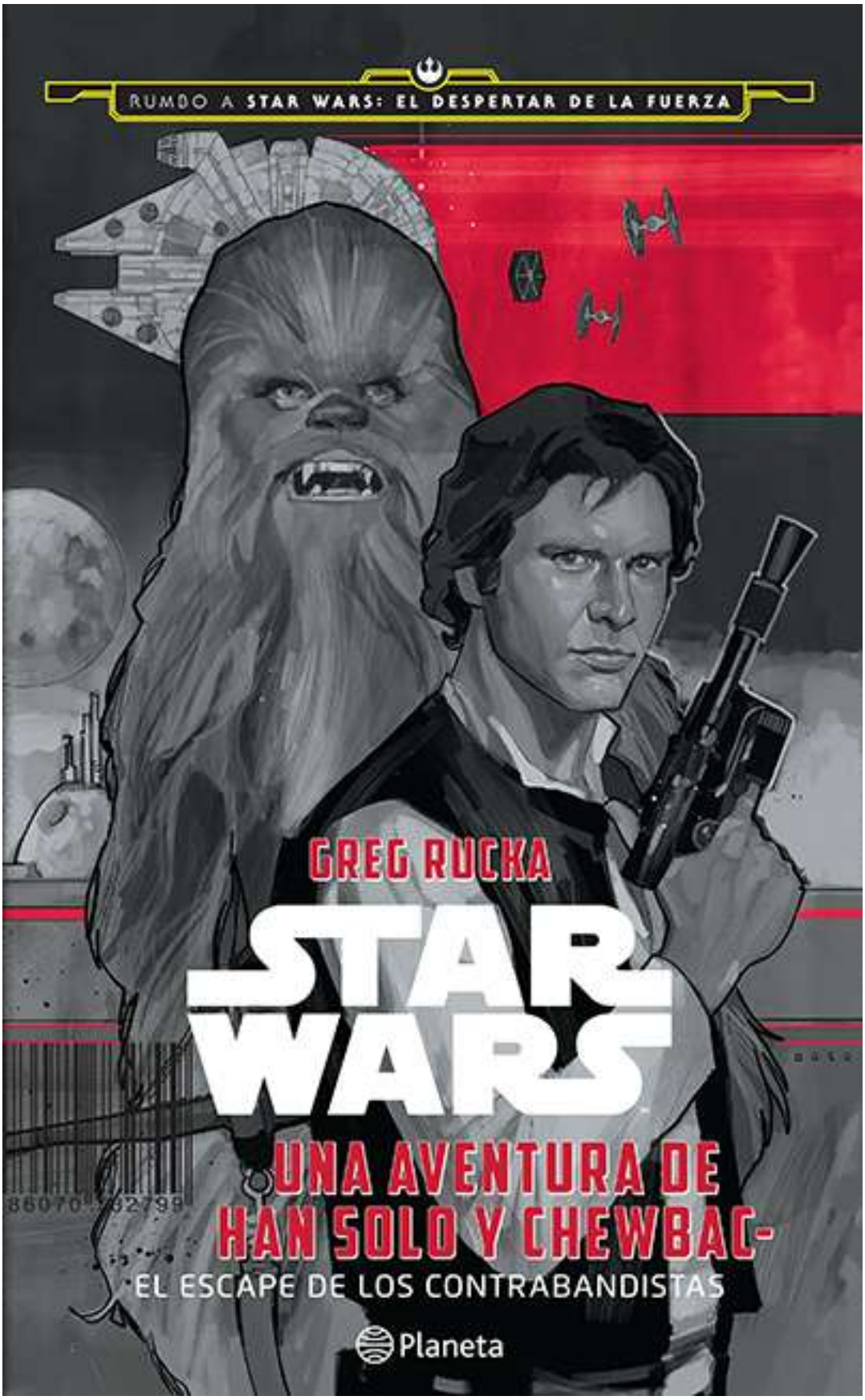

RUMBO A STAR WARS: EL DESPERTAR DE LA FUERZA
GREG RUCKA
STAR WARS
UNA AVENTURA DE HAN SOLO Y CHEWBAC-
EL ESCAPE DE LOS CONTRABANDISTAS
Planeta

¡HAN SOLO Y CHEWBACCA REGRESAN EN UNA AVENTURA TOTALMENTE NUEVA!

En esta historia situada entre *Star Wars. Episodio IV. Una nueva esperanza* y *Star Wars. Episodio V. El Imperio contraataca*, Han y Chewie deberán pilotar el *Halcón Milenario* en una misión ultrasecreta para la Rebelión, mientras escapan de despiadados cazarrecompensas y de una implacable agente imperial.

Una aventura de Han Solo y Chewbacca

El escape de los contrabandistas

Greg Rucka

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Smuggler's Run: A Han Solo & Chewbacca Adventure*

Autor: Greg Rucka

Arte de portada: Phil Noto

Ilustraciones: Phil Noto

Traducción: Miguel Ángel García Franco

Publicación del original: setiembre 2015

menos de un año después de la batalla de Yavin (el prólogo poco antes de El Despertar de la Fuerza)

Aporte: Darth Neurus

Revisión: Satele88

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

31.01.17

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

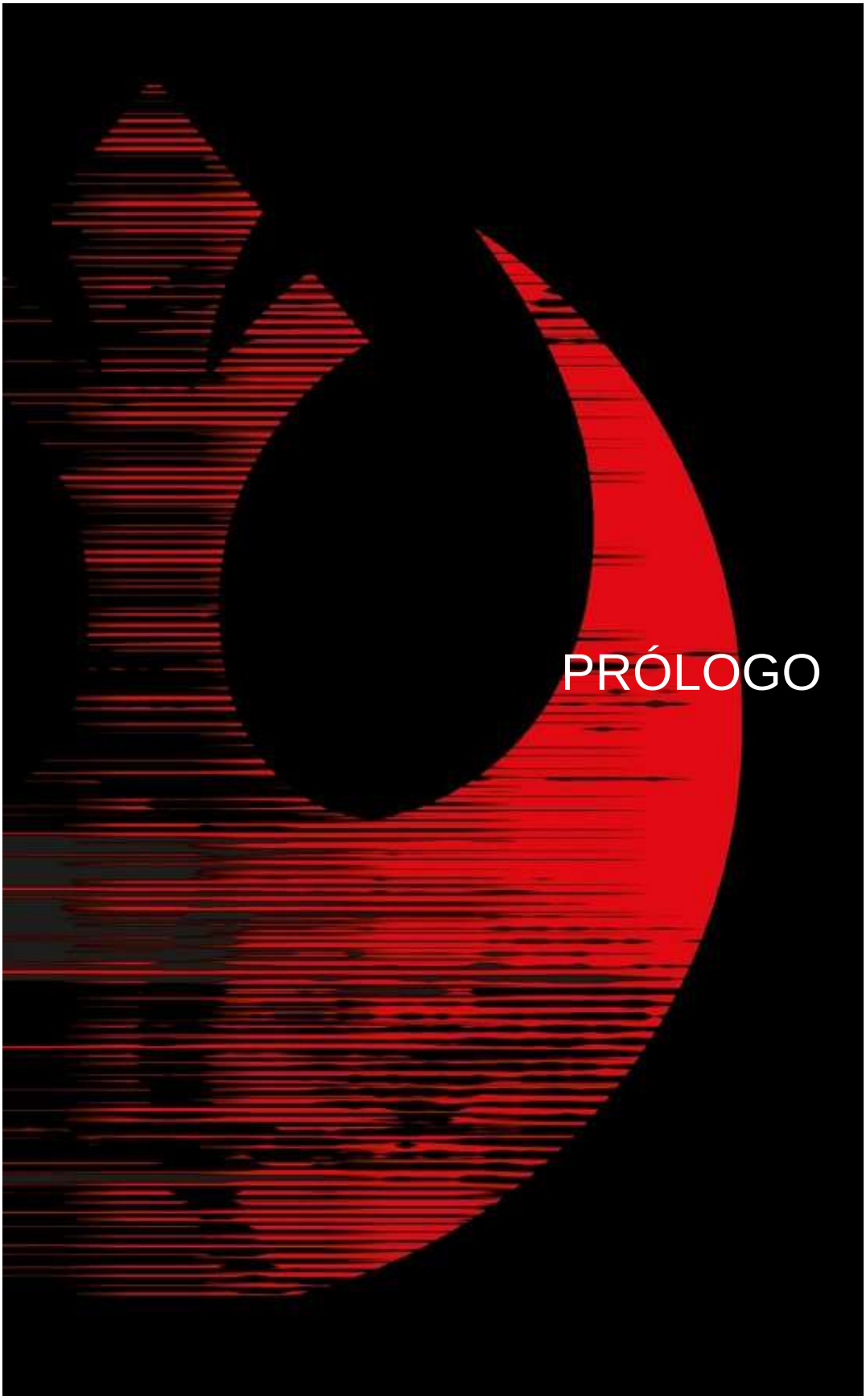
El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy. muy lejana…

Son tiempos de guerra civil. Los heroicos libertadores de la ALIANZA REBELDE han conseguido su victoria más importante hasta ahora, la destrucción del arma máxima del Imperio: la ESTRELLA DE LA MUERTE.

Pero la Rebelión no tiene tiempo de disfrutar la victoria. El malvado IMPERIO GALÁCTICO ya reconoce la amenaza que representan los rebeldes y busca cualquier información que permita la destrucción final de los libertadores.

Para la tripulación del HALCÓN MILENARIO, quien salvó la vida de Luke Skywalker durante la Batalla de Yavin. su participación en la causa rebelde ha terminado. Ahora, HAN SOLO y CHEWBACCA esperan su recompensa y, con ella, saldar viejas deudas…



PRÓLOGO

EL ANCIANO EN LA CANTINA tenía años practicando el mantener la cabeza baja y el oído atento, y llevaba varias horas haciendo lo mismo.

El lugar se llamaba Serendipity, y las conversaciones a su alrededor eran tranquilas y respetuosas de los otros clientes y su espacio. Escuchaba fragmentos de ellas, extrañas palabras que distinguía, palabras de uno de los muchos lenguajes de la galaxia. Algunos los conocía bien, otros los desconocía por completo. Había un ithoriano que llegó poco después que él y ahora estaba sentado en una mesa acompañado de una dug; hablaban animosamente, la voz del ithoriano retumbaba grave en el pecho del viejo. Un bith, un neimoidiano y un advosze discutían negocios que no querían que nadie escuchara; un twi'lek susurraba dulces trivialidades al oído de una devaroniana.

Tres humanos, dos hombres y una mujer, que habían llegado hacía treinta minutos, actuaban como si fueran los dueños del lugar, estaban sentados a escasos dos metros detrás del viejo. Iban por su tercera ronda de tragos y hacían cada vez más ruido. Desde su alto banco en la barra, el viejo podía verlos reflejados en el espejo que estaba detrás de la repisa de las botellas de licores raros y comunes.

—Velocidad —dijo uno de los hombres. Era corpulento, probablemente iniciando los cuarenta de edad, años estándar. Estaba vestido como los otros dos, con piezas de uniformes imperiales que no combinaban, fragmentos de armaduras de segunda mano y un chaleco antibláster. Los de los tres eran de los mismos colores y tenían la misma insignia.

«Mercenarios», pensó el viejo, «tal vez una pandilla o algo por el estilo».

—Todo se reduce a eso: velocidad —continuó el corpulento—. Velocidad, nada más.

—Patrañas —rezongó la mujer, que por su pinta parecía la más joven del grupo, y la más infame también. Los tres estaban armados, pero ella tenía una vibrohacha sujeta a su espalda, aparte de la gran pistola bláster enfundada al costado de su torso. Al viejo le recordaba a alguien con quien había tenido que lidiar años atrás, probablemente porque también era rubia. Otra mujer, por supuesto, esta era mucho más joven; pero recordaba a la otra como si hubiera sido ayer.

—¿Recuerdas a Rigger? —preguntó la mujer—. ¿Recuerdas lo que le pasó? ¿Recuerdas el *Streak*?

—Lo recuerdo —contestó el otro hombre. Era mayor que la mujer, pero más joven que el corpulento. Él también era grande y de hombros anchos, tenía la cabeza rapada para mostrar un tatuaje de una mujer twi'lek recostada sobre su vientre, con la cabeza cerca de la frente del hombre, mandando un beso. Desde el punto de vista del viejo, que los miraba reflejados en el espejo, parecía que el tatuaje coqueteaba con él.

—Entonces no es la velocidad —respondió la mujer.

—El *Streak* era rápido —añadió el corpulento.

—Vaya que lo era —dijo el hombre tatuado después de terminar su trago—. Y se estrelló al lado de ese cañón hecho un bólido.

—De nada sirve si no puedes maniobrar —explicó la mujer—. Necesitas una nave como la *Nebula Wisp* o como… ¿cómo se llamaba? ¿Sabes de cuál estoy hablando?

—¿El *Black Box*? —contestó el corpulento con una pregunta.

—No, no —dijo la mujer, limpiando una de sus uñas que, incluso desde la distancia, el viejo podía ver que tenían costras de suciedad. De pronto, la mujer recordó el nombre que buscaba—. ¡El *Fourth Pass*! ¡Ese! Dicen que podías aterrizarlo con un crédito y te quedaba cambio.

El tatuado gruñó al ver su vaso vacío. En la barra, el viejo llamó la atención de la mesera y señaló su vaso con un dedo, pidiendo que lo rellenara. La mesera sonrió.

—Defensas —afirmó el tatuado—. Puedes ser rápido, puedes maniobrar, pero tarde o temprano recibirás algún disparo. Si no soportas el impacto, se acabó. Se termina la función.

—No le pueden disparar a lo que no pueden apuntarle —comentó la mujer.

—Lo harán en algún momento —insistió el tatuado—. Con suficientes armas apuntándote, no serás nada más que escombros flotando en el vacío. No importa cuán rápido seas, no importa si puedes girar y virar. En algún momento recibirás un disparo.

—Eso es lo que necesitamos —dijo el corpulento—. Necesitamos una nave que pueda hacer las tres cosas. La triple amenaza.

La mujer rio.

—Buena suerte. Esa nave no existe.

—Claro que existe —contestó el corpulento—. Tú lo sabes y yo lo sé. Incluso Strater sabe que existe.

El tatuado, Strater probablemente, sacudió su vaso como si esperara que mágicamente se rellenara, y después asintió.

—El *Halcón Milenario* —afirmó Strater.

—El *Halcón Milenario* —repitieron los otros.

El viejo resopló, lo suficientemente fuerte para llamar la atención de los tres humanos. Escuchó las sillas arrastrándose cuando voltearon a verlo. La cantinera puso un vaso lleno frente al viejo y se llevó el otro casi vacío.

—¿Tienes algo que decir, abuelo? —preguntó la mujer.

El viejo le dio un sorbo a su bebida.

—Nunca la atraparán.

El tatuado, Strater, se recostó en su silla confiado.

—Creo que tenemos una mejor oportunidad que tú, viejo.

—Incluso si la atrapan, nunca podrían pilotarla —continuó el viejo, como si no hubiera escuchado.

—Si tiene motores, podemos pilotarla —respondió la mujer, molesta; el viejo podía notarlo en su rostro, que se reflejaba cerca del hombro de la cantinera.

La cantinera miró al viejo para hacerle saber que no quería tener que limpiar un desastre.

—Una nave es más que motores, más que escudos, o armas, o maniobras, o hiperpropulsores, o lo que gusten. —El viejo levantó su trago, ignorando a la cantinera, luego se levantó y dio la vuelta—. Una nave es todo eso, pero no es nada si no tiene la tripulación correcta.

—Te dije, podemos pilotarla —afirmó la mujer, mirándolo con recelo. Una vez más, el viejo se encontró pensando en una mujer de años atrás, alguien con un solo ojo que miraba todo con recelo.

El viejo tomó la silla vacía y se sentó entre Strater y la mujer, frente al corpulento. Sonrió, acarició la cicatriz de su barbilla con una mano, levantó su trago con la otra y bebió hasta vaciarlo.

—Nah —dijo el viejo.

—¿Tan seguro estás? —preguntó el corpulento.

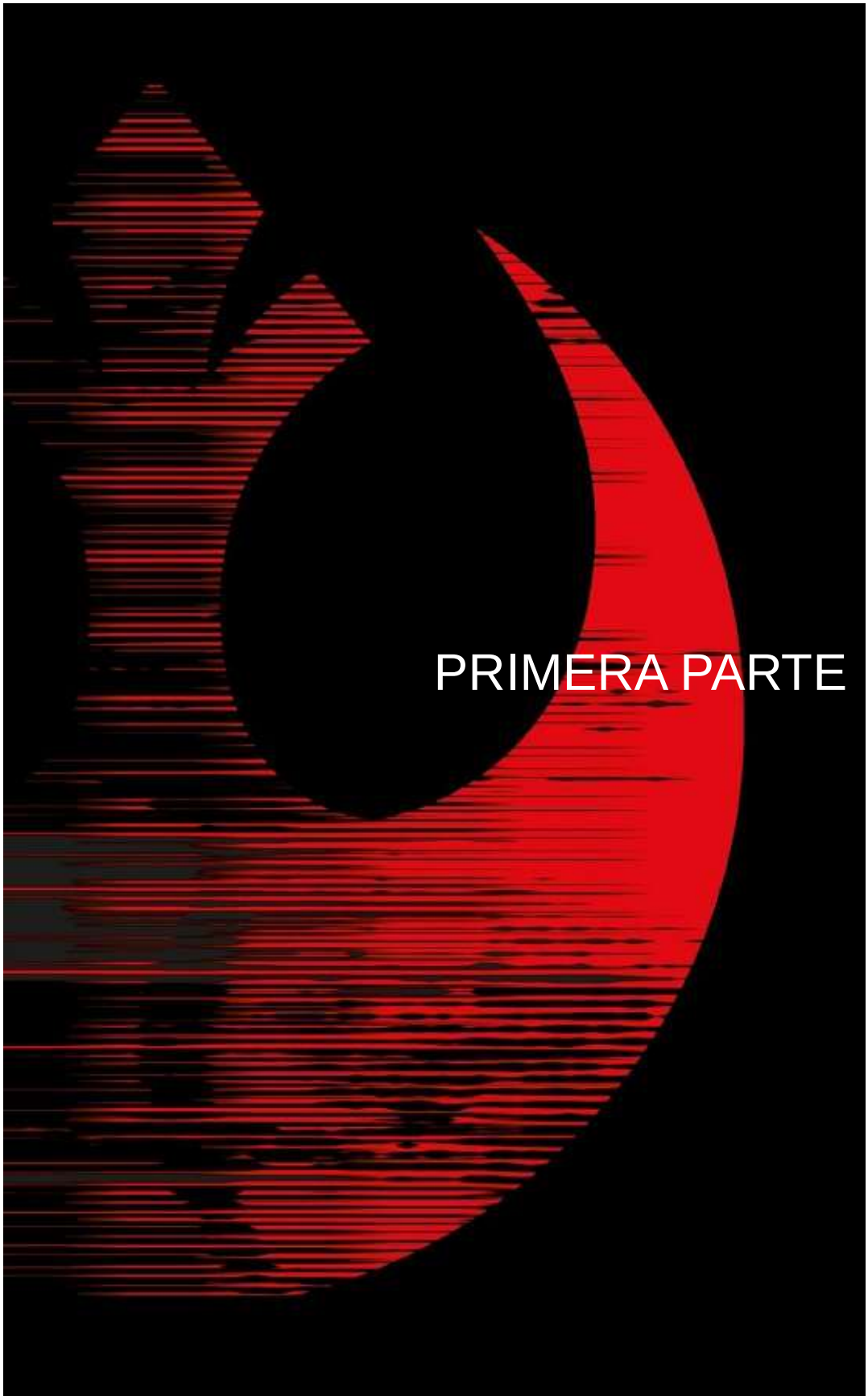
—Sí, muy seguro.

—¿Por qué?

El viejo se recargó en la silla hasta levantar las patas delanteras e inclinar la silla hacia atrás para mirar a su alrededor. Nadie le prestaba atención. En la entrada, el portero miraba hacia otro lado, rascándose detrás de la oreja con su pata. El viejo tomó el vaso vacío en su mano y lo miró como si evaluara su potencial, o lamentara que estuviera vacío.

—Ustedes me invitan un trago —propuso el viejo—, y yo les cuento una historia sobre el *Halcón Milenario*.

Le invitaron un trago y escucharon.



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1
A LA ESPERA DE LA ACCIÓN

EL WOOKIEE SUSPIRÓ haciendo un sonido grave y contempló la medalla en su palma. En el cuello de los humanos se veía ostentosa y sólida, pero en su mano la escala se alteraba: podía cubrirla completamente con sus dedos. Era un objeto bonito, grabado con una flor que parecía evocar el emblema de la República, y en el centro un sol naciente a la mitad del horizonte, que simbolizaba el inicio de una nueva esperanza, gracias a la reciente victoria contra el Imperio Galáctico, y evocaba la destrucción de la Estrella de la Muerte.

Suspiró una vez más y guardó la medalla en el morral de su bandolera de municiones para ballesta que colgaba de su hombro izquierdo, luego se inclinó sobre su asiento y se asomó por la cabina del *Halcón Milenario*. Afuera había rebeldes corriendo a lo largo del hangar: preparaban una evacuación. La base en Yavin 4 estaba, por decirlo amablemente, comprometida. Con la destrucción de la Estrella de la Muerte, era cuestión de un día, tal vez menos, para que la flota imperial llegara y redujera todo lo que pudiera encontrar a escombros y polvo. Aunque siguieran emocionados por la victoria, los altos mandos de la Rebelión sabían que no podían repeler o sobrevivir a un ataque de tal magnitud. Habían tenido suerte con la Estrella de la Muerte, pero debían pagar el precio. No tendrían la misma fortuna dos veces. El plan, según lo que entendía el wookiee, era que la banda de libertadores se esparciera por la galaxia en cuantas direcciones pudiera, con el fin de que más tarde se reuniera en un lugar más seguro.

Resopló para sí, preguntándose cómo era que los rebeldes esperaban sobrevivir. Su propia flota, si es que así podía llamársele, ya estaba esparcida. Todo lo que quedaba en la cuarta luna de Yavin eran tres cazas (dos X-wing y un Y-wing) que habían sobrevivido a la batalla, y cerca de tres docenas de transportes de diversas formas, hechuras y tamaños, que parecían haber tenido su mejor momento incluso antes de que cayera la República.

El wookiee no les veía muchas probabilidades.

Por otra parte, entendía su pasión. Después de todo, él era un wookiee, sabía de pasiones. La suya era una raza orgullosa, una raza que había vivido pacíficamente por cientos de años en su boscoso planeta natal Kashyyyk, hasta las Guerras Clones. Él era más joven en ese entonces, sólo tenía ciento ochenta años, y había peleado contra los droides la batalla Separatista. Había presenciado la traición de los clones y el inicio del Imperio. Había visto a su raza, a sus hermanos y hermanas, a su familia, ser esclavizados y vendidos por toda la galaxia. Hasta él había estado encadenado, y sólo pensar en eso lo hizo emitir un gruñido.

Así que entendía a la Rebelión. En realidad, él se habría unido a ella de no ser por dos cosas: el corelliano y la nave. No abandonaría a ninguno de los dos. Estaba unido a ellos como ellos a él.

Cuando conoció a Han Solo no le inspiró confianza. Le pareció un charlatán engreído, incluso arrogante. Aparentaba estar más interesado en cuidar de sí mismo que de otros. «Egoísmo fundamentado» eran las palabras que Solo había utilizado para describirse.

—Si no me intereso por mi bienestar, nadie en esta galaxia lo hará por mí, amigo —le explicó Solo.

Aun así, Solo le había probado lo contrario al wookiee. Se lo había probado cuando los dos huyeron hacia el Borde Exterior para sobrevivir entre cazarrecompensas, piratas y contrabandistas como ellos, que intentaban ganarse la vida trabajando para los hutts. Le había probado lo contrario una y otra vez, y si el wookiee había aprendido algo sobre su amigo y compañero, era que no había manera de predecir qué sería de importancia para el corelliano o por qué. A pesar de todas sus poses y fanfarroneo, en el fondo, Han Solo tenía un corazón de oro, como el oro de las medallas que habían recibido por su participación en la reciente batalla.

El comunicador de la consola superior se encendió, emitiendo una luz azul y emitiendo un peculiar sonsonete. En otras naves, el comunicador sólo pitaría incesantemente, exigiendo atención; pero el *Halcón* no era, y nunca había sido, como otras naves. Esta era sólo otra de las características de la nave que hacía que Chewie la amara tanto.

Esa era la segunda razón, por supuesto: esta nave.

Cuando el chico de Tatooine, Skywalker, vio el *Halcón* por primera vez en Mos Eisley, la describió como «un pedazo de chatarra». Solo se había ofendido, pero el wookiee comprendía por qué Luke consideró tal cosa. Claro que no estaba de acuerdo, pero lo comprendía. El aspecto del *Halcón* era como el de cualquier fragata corelliana ligera modelo YT-1300, de las que tenía que haber miles, o cientos de miles, en servicio a través de la galaxia. Por razones que sólo los diseñadores de Industrias Corell podían entender, su cabina estaba a un costado de la nave, sobresaliendo en un extraño ángulo, en lugar de estar al centro. Sus motores eran más potentes de lo que requería su tamaño, pero los controles eran hipersensibles, lo que significaba que eran caprichosos y se necesitaba de un piloto y de un copiloto para poder pilotarla. Incluso en esas condiciones era posible que se saliera de control si los operadores no sabían exactamente lo que hacían.

Y esas sólo eran las características generales del modelo YT-1300.

El *Halcón* las tenía todas multiplicadas exponencialmente. Estaba mallugada, abollada, necesitaba pintura y mantenimiento casi permanente. Prácticamente la mitad del dinero que ganaban trabajando para Jabba el Hutt o quien fuera, se utilizaba para cuidado, refacciones y combustible. Consumía combustible como si tuviera la sed de alguien que ha vagado por el Mar de Dunas durante semanas sin una gota de agua. Los simuladores de gravedad tenían una molesta, y francamente alarmante, tendencia a apagarse cuando se hacían maniobras bruscas, lo cual te podía mandar al otro lado de la cabina si no tenías los cinturones de seguridad abrochados. Las computadoras que trabajaban en sintonía

para mantener la nave funcionando, con los años, no sólo desarrollaron sus propios dialectos, también parecían pelearse entre ellas. Y ni qué decir del estado de los estabilizadores de flujo de iones o de la manera en que los compensadores de aceleración duvo-pek simplemente no compensaban, sino todo lo contrario.

Oh, pero era rápida.

Era la nave más rápida que el wookiee había volado y que había visto. Volaba por el espacio y la atmósfera por igual, como si hubiera nacido para eso; y sentados lado a lado, él y Solo podían hacerla bailar en formas que hubieran dejado con el ojo cuadrado a los antiguos diseñadores en Corellia. Habían modificado casi todas las partes de los motores, desde los tornillos hasta el propulsor principal, haciendo que cada vez tuviera más velocidad. La habían armado y desarmado más veces de las que podía recordar, y cada vez que lo hacían, el *Halcón* les daba más a cambio y les pedía que le exigieran más.

Él amaba esa nave.

Estirando uno de sus largos brazos, el wookiee golpeó la luz del comunicador y gruñó un saludo, preguntando por qué Solo se tardaba tanto.

—¡Oh, cielos! Chewbacca, ¿dónde aprendiste ese lenguaje?

El wookiee rio. No era Solo quien hablaba, era el droide de protocolo.

—El capitán Solo pide que lo veas en la sala de conferencias.

El wookiee frunció el ceño y gruñó una respuesta.

—No tengo la menor idea —contestó C-3PO—. Dice que necesita que vayas con él en este momento, porque la princesa no acepta un «no» como respuesta, y cree que sería más convincente viniendo de ti.

Chewbacca sonrió, principalmente porque sabía que nadie podía verlo. Esos dos se habían comenzado a molestar desde el momento en que se conocieron. Esto explicaba varias cosas. Se suponía que debían haber partido hacía más de una hora para regresar a Tatooine. Entre la recompensa por rescatar a la princesa de la Estrella de la Muerte y la cuota que les habían prometido por el viaje a Alderaan, ya tenían dinero suficiente para arreglar las cosas con Jabba. Incluso, suficiente para congraciarse con él y librarse de los cazarrecompensas que los perseguían. Pero eso sólo funcionaría si le entregaban el dinero a Jabba; si los cazarrecompensas los atrapaban primero, la situación sería completamente distinta.

Jabba no era muy amable con los que le debían dinero. Les quitaría la libertad y tal vez la vida, y definitivamente les quitaría el *Halcón*. Ninguna de esas posibilidades le gustaban al wookiee, y sabía que mucho menos a Solo.

Chewie rugió una respuesta para C-3PO, apagó el comunicador, se levantó de su asiento y se agachó, como era su costumbre, para salir de la cabina, no sin antes golpear los dados de la suerte que había comprado y colgado ahí a modo de broma años atrás. Sólo había una cosa que podía hacer que Han Solo retrasara su partida, y eso era una chica linda.

Tenía que admitirlo, sentía curiosidad por lo que quería la chica linda.

—¡No soy parte de esto! —afirmó Han Solo—. No soy parte de su rebelión, no soy un libertador, ¡y no trabajo para usted, Su Alteza!

La princesa Leia Organa de Alderaan dio dos pasos al frente, alzando un poco la cabeza para ver el rostro del contrabandista. Han medía casi medio metro más que ella, pero si esto la impresionaba, no lo demostraba. Lo señaló directamente con el dedo índice, como si quisiera picarle un ojo.

—Si trabajaras para mí —contestó ella—, ya te habría despedido.

—Si trabajara para usted, señorita, ya habría renunciado. —Solo se cruzó de brazos, seguro de que él había tenido la última palabra.

La princesa permaneció inmóvil por un momento, clavándole una mirada que, él creía, habría hecho llorar a todos sus oponentes en el Senado Imperial. Una soldado rebelde que estaba desmantelando la sala de controles pasó cerca de ellos, con los brazos repletos de maquinaria, evitando el contacto visual. Durante la batalla, ese cuarto había estado repleto de pantallas que rastreaban el implacable avance de la Estrella de la Muerte hacia la luna de Yavin, de monitores que transmitían lo que decían los pilotos mientras caza tras caza desaparecía, derribados por cañones antinaves o por el preciso trabajo de los TIE enemigos. La base, según lo que entendía Solo, la habían establecido en un templo para los dioses de la raza extinta y olvidada de Yavin 4. Los rebeldes lo encontraron y lo volvieron su centro de operaciones. Pero ahora volvería a ser lo que era, el legado de aquellos perdidos y olvidados.

Un mallugado droide que acarreaba un monitor pasó quejándose cerca de Leia, y ella aprovechó para terminar con la lucha de miradas que sostenía con Han, volteando a otro lado y apenas ocultando su desagrado. Estaba enojada y no tenía miedo de mostrarlo, y Solo tenía que admitir que le gustaba hacerla enojar. Y es que era tan fácil para él hacerlo. Sin lugar a dudas, ella era una de las mujeres más hermosas que jamás había visto, y vaya que eso significaba algo siendo Han Solo. Había conocido gran parte de la galaxia y había visto muchas mujeres hermosas. El hecho de que esta fuera, además, inteligente, valiente (dada su posición en la Rebelión, prácticamente suicida) y tan dadivosa como había demostrado ser, sólo la hacía más atractiva para él. También era terca como un gundark, y él apreciaba eso. De hecho, como que le gustaba, especialmente después de todo lo que habían pasado junto con el chico y el anciano.

Pero de ninguna manera él le diría todo eso; en especial porque ella intentaba hacerlo sentir culpable y orillarlo a arriesgar su vida por una causa que ni era suya ni le interesaba.

Una de las puertas de aquella sala de control venida a menos se abrió; tres soldados salieron cargando más equipos, mientras Chewbacca se agachaba para poder entrar. Han miró a su compañero y el wookiee asintió a manera de saludo.

La princesa Leia siguió al wookiee con la mirada hasta que ocupó su lugar al lado de Solo; luego miró de nuevo al contrabandista.

—Mucha gente morirá —dijo Leia, llanamente, exponiendo los hechos y mirándolo con esos ojos cafés que parecían verlo todo.

—No los conozco —respondió Solo.

Por un instante, un breve instante, pudo ver la decepción en el rostro de la princesa y casi se sintió culpable.

—Déjame preguntarte algo —comenzó a hablar con el wookiee mientras señalaba con el pulgar a Han—. ¿Hay algo parecido a un corazón ahí dentro o sólo hay una caja fuerte para guardar créditos?

Chewbacca bufó y miró a Solo, inclinando la cabeza. Luego gruñó.

—Oh, no, no —contestó Han—, ni siquiera has escuchado lo que quiere que hagamos, Chewie. Dígale, Su Alteza brillantísima, cuéntele de la misión suicida que trae bajo la manga.

—No es una misión suicida; no, si siguen el plan. —Leia presionó los controles de la pantalla principal de estrategia, una de las pocas partes de equipo que aún quedaban conectadas, principalmente porque necesitarían la ayuda de otra docena de droides para moverla. La pantalla se iluminó mostrando un mapa de la galaxia. Manipuló los controles de la consola una vez más, ahora más rápido, mientras Han y Chewbacca veían cómo el mapa hacía acercamientos sucesivos hasta llegar a una sección del Borde Exterior. Al tocar un botón, los acercamientos se detuvieron, mostrando un sistema con seis planetas.

—Cyrkon, en el Borde Exterior, en la frontera del Espacio Hutt —comenzó a explicar Leia, señalando el segundo planeta del sistema—. Está fuera del ámbito imperial, por lo que van muchas personas como ustedes.

Chewbacca resopló.

—Quiso decir «contrabandistas» —explicó Han.

—No, quise decir «criminales» —lo corrigió Leia.

Chewbacca alzó una ceja.

—El problema de la Rebelión es que no tenemos recursos —dijo Leia—, y lo que tenemos no es suficiente. Tenemos que huir constantemente, como pueden ver con esta evacuación. El Imperio lo tiene todo, todos los recursos, todos los soldados, todos los espías. Para sobrevivir tenemos que planear nuestros siguientes cinco movimientos. Necesitamos planes de emergencia. No sólo a dónde iremos después, sino también a dónde podríamos ir si ese lugar no fuera seguro. Necesitamos varias opciones.

—Si planeas esconder tu rebelión en Cyrkon, será una estancia corta —comenzó a hablar Han—. Estando tan cerca de los hutts… te delatarán en menos de un segundo.

Leia dejó de ver el mapa lo suficiente como para dirigirle a Solo una mirada fulminante.

—Gracias por su brillante estrategia, capitán. —Luego señaló el mapa—. Cyrkon no es el siguiente escondite de la base rebelde.

—Eres más lista de lo que pareces.

Leia lo ignoró, y presionó los controles. El mapa se hizo a un lado y una imagen apareció en su lugar, era el holograma de un humano, de apenas unos veinte años estándar. Han no lo reconocía.

—Este es el Teniente Ematt, líder de los alcaudones. —Leia hizo una pausa y, mirando el holograma, explicó—: Los alcaudones son un equipo especial de reconocimiento de la Rebelión. Es pequeño, con una misión muy simple: es responsable de identificar, asegurar y preparar las nuevas locaciones de la Rebelión. Hacen una lista, escogen los puntos de reunión y exploran todas las opciones.

—Esa es mucha información para un solo hombre —comentó Han.

—Sí, también es una de las pocas maneras de mantenernos a salvo. Entre menos personas sepan un secreto, menos pueden delatarnos.

Chewie estuvo de acuerdo con un gruñido.

—Pero él lo sabe, Han, ¿lo entiendes? Ematt sabe no sólo a dónde vamos, también sabe a dónde podríamos ir. Conoce los puntos de reunión, dónde hay armas escondidas, comida, medicinas. Lo sabe todo.

Han asintió. Algo se sentía ácido en su estómago, como si hubiera comido algo que no debió. Tenía un mal presentimiento sobre eso.

—Los alcaudones fueron emboscados por el Buró de Seguridad Imperial en Taanab —continuó la princesa—. Ematt logró escapar, pero el resto de su equipo murió. Se las arregló para mandarnos una transmisión haciéndonos saber lo que pasó: que logró salir del planeta y que va camino a Cyrkon. Pero el BSI está tras él, está solo y está expuesto.

Chewie gruñó suavemente. Él y Han sabían lo que venía.

—El *Halcón* es la única nave lo suficientemente rápida como para llegar a Cyrkon a tiempo —dijo Leia presionando los controles una vez más, y las imágenes se desvanecieron. Luego volteó a verlos, primero a Chewie y luego a Han—. Si el BSI captura a Ematt, lo sabrán todo. Lo torturarán, lo drogarán y lo averiguarán todo. Será el fin de la Rebelión.

Ya no estaba enojada, pero no estaba suplicando, no estaba rogando. Únicamente los miraba, a Solo y al wookiee, esperando una respuesta.

A Han le gustaba más cuando estaba enojada.

Chewbacca gruñó, luego ladró varias veces y terminó haciendo un sonido grave.

Han lo miró sorprendido.

—Piénsalo bien, Chewie.

El wookiee suspiró. Han sacudió la cabeza.

—Se supone que tienes que apoyarme a mí, ¡no a ella!

El wookiee suspiró de nuevo.

Han no podía creerlo.

—Nos está pidiendo que volemos al borde del Espacio Hutt a rescatar a un hombre que probablemente ya está muerto, sin contar con que el BSI lo está siguiendo, ni con que en Cyrkon pulula la peor basura de esta galaxia, ni con que Jabba está buscando cazarrecompensas para mandarlos tras nosotros, si no es que ya los mandó.

Chewbacca gruñó y rugió.

—¡Ya sé que es el Borde Exterior! Sé que nos queda de paso, pero, incluso si lo logramos, tenemos que llevarlo al punto de reunión o el rescate no servirá de nada. ¡Esta no es nuestra lucha, amigo!

Esta vez el wookiee se quedó en silencio, mirando a Solo con sus ojos azules.

Leia también lo miraba.

Han suspiró. «Hay peleas que simplemente no puedes ganar», pensó.

—Vamos a necesitar la contraseña, o lo que sea, para que Ematt nos reconozca —pidió Han, intentando no sonar grosero.

Leia sonrió como si ya hubiera sabido que él aceptaría.

Han frunció el ceño.

—Y espero una remuneración por esto —añadió.

CAPÍTULO 2
EL ORGULLO DEL BSI

LA COMANDANTE ALECIA Beck se consideraba una muy buena oficial del Buró de Seguridad Imperial. No tenía otra opción. Aparte de ser mujer (había muy pocas mujeres que tenían altos rangos en el Imperio), su trabajo no toleraba errores. Para que el Imperio funcionara, había que asegurar la lealtad. Para que el Imperio creciera, todos tenían que hacer su parte. Para que el Imperio perdurara, sus enemigos tenían que ser cazados y destruidos.

A toda costa.

Y ella era feliz haciéndolo. Se enorgullecía de eso, del mismo modo que se enorgullecía de su uniforme negro y de su insignia de rango en su pecho. Incluso se enorgullecía de la cicatriz que iba en una línea casi recta desde donde iniciaba su cabello (rubio y cortado según la normatividad) hasta el final de su mejilla izquierda. Igual se enorgullecía del ojo artificial que reemplazaba su ojo izquierdo, prueba de su lealtad y compromiso. Sabía que los agentes y los soldados de asalto que servían bajo sus órdenes le contaban la historia a todos los nuevos reclutas que llegaban con ella. Contaban cómo la comandante Beck, durante su primer recorrido con el BSI, sorprendió a uno de sus oficiales vendiendo secretos por créditos; contaban cómo lo había enfrentado aun cuando él era un capitán y ella sólo era una teniente de mantenimiento del *Vehement*. Contaban cómo él intentó matarla con un cortador láser que estaba en un escritorio cercano.

Cómo habían peleado, y cómo ella había ganado.

Contaban que recibió un ascenso y una mención honorífica por ello.

Sí, estaba orgullosa de ello.

—Registren los cadáveres —ordenó Beck.

El sargento que estaba a su lado, con número de designación TX-828, se puso en posición de firmes y contestó:

—Sí, señora.

Beck lo miró marcharse y ordenarle a los ocho miembros de su tropa lo que ella había dicho. Los soldados se movían rápida, precisa y eficazmente, como los habían entrenado. Luego, dirigió su atención al cuerpo que estaba a sus pies, una mujer rodiana, rodeada de un charco de su propia sangre verde. Beck cambió la visión de su ojo cibernético y la examinó con diferentes espectros; el infrarrojo mostraba cómo el calor abandonaba el cuerpo. La rodiana estaba vestida como civil de clase baja, con ropa sucia. Beck empujó el cuerpo con un pie para darle la vuelta. Uno de los brazos dio un golpe seco en el piso y las ventosas de sus dedos soltaron el bláster para caza deportiva que la rodiana llevaba cuando murió.

Beck cambió a visión ultravioleta y su ojo emitió un clic; se arrodilló y sujetó el brazo de la mujer. Hizo un gesto de repulsión, a Beck no le agradaban los alienígenas, pero esta rodiana en particular la hacía enojar incluso estando muerta. Levantó la manga de la alienígena, descubriendo su antebrazo; en este, visible para el espectro ultravioleta, estaba la marca que Beck esperaba encontrar: las alas abiertas de un ave de caza: un alcaudón. Soltó el antebrazo y se puso de pie.

Había tenido razón.

Miró la nave que los rebeldes habían usado para intentar escapar, un pequeño y feo transporte que apenas parecía capaz de entrar al hiperespacio.

—Sargento, venga conmigo —ordenó Beck.

—Sí, señora.

Subieron a la nave.

Parte del placer que Beck obtenía de su trabajo era que le permitía ser inteligente. Había secciones de la armada imperial y la naval imperial donde ser inteligente era un lastre. Ver mucho, escuchar mucho o formular las preguntas equivocadas podía meterte en problemas. En el BSI las reglas eran casi las mismas, a decir verdad, pero había una diferencia: podías ser inteligente en tu trabajo. Beck, que había querido ser una detective cuando era niña, disfrutaba esa parte. Desenmascarar a traidores del Imperio era como resolver otro tipo de misterio.

Se obligó a revisar lentamente todo el transporte, desde la cabina hasta los compartimentos de carga, revisando todas las literas, incluso teniendo en cuenta que el tiempo era esencial. Ella no sabía lo que había pasado en el sistema Yavin, pero los rumores volaban, y el comunicado que había llegado de Coruscant esa mañana había sido muy claro con los soldados del BSI.

POR ÓRDENES DEL EMPERADOR

A: Todos los comandantes superiores del Buró de Seguridad Imperial

PRIORIDAD UNO

El Emperador ordena que todos los sospechosos de terrorismo o simpatizantes de terroristas afiliados a la autoproclamada Alianza Rebelde sean arrestados y retenidos para ser interrogados bajo cargo de traición.

Esta orden sustituye cualquier otra tarea en curso.

DE EJECUCIÓN INMEDIATA

Esto significaba que lo que fuera que hubiese pasado en el sistema Yavin había sido malo para el Imperio. También significaba que la meticulosa investigación de Beck sobre esta célula rebelde había acabado. Esperaba poder mantenerlos vigilados hasta que las pistas la guiaran hacia los peces gordos de la Rebelión, pero las órdenes de la directiva eran claras, tenía que ir sobre ellos, y tenía que hacerlo ya.

Beck pensó de nuevo en la rodiana muerta en la bahía, al pie de la nave, y volvió a enojarse. Cuando ella y su escuadrón habían llegado ahí, al hangar de Taanab, habían encontrado la nave preparándose para el despegue. Cuatro miembros de la tripulación rebelde desconectaban las mangueras de combustible y empacaban equipos. Beck ni siquiera había terminado de gritar: «¡Alto! ¡Quedan arrestados!», cuando empezó el tiroteo. Si los rebeldes hubieran tenido un poco de sentido común, se habrían rendido; pero no, tenían que pelear y, a pesar de que los soldados de asalto habían configurado sus rifles bláster E-11 en modo de aturdimiento, ningún rebelde había salido con vida.

Había sido una batalla furiosa y breve, de menos de diez segundos; ninguno de los hombres de Beck había resultado lastimado y los cuatro rebeldes sólo habían caído aturdidos. Beck le había ordenado al sargento que los esposara, pero al ver en el techo del transporte una silueta moviéndose, desenfundó su bláster. Era la rodiana, trepada en la nave. Antes de que Beck o cualquiera de los soldados de asalto pudieran reaccionar, la alienígena abrió fuego… pero no les disparó a ellos.

Le disparó a todos y cada uno de los prisioneros que Beck había tomado.

La rodiana les disparó a cada uno de los hombres y mujeres que habían sido sus amigos, sus camaradas. Y antes de que los soldados de asalto pudieran alzar sus rifles para apuntar, todo había acabado. En cuestión de unos instantes, Beck había pasado de tener cuatro prisioneros a no tener uno solo.

—¡Detente! —le había ordenado Beck a la rodiana.

Pero ella miró a Beck con sus enormes ojos y puso el bláster en su propia sien.

No hubo nada que Beck pudiera hacer mas que verla caer.

Debió tener cinco prisioneros para interrogar, y al final no tuvo nada.

Lo que fuera que supiera, la rodiana había estado dispuesta a matar y morir para protegerlo. Beck estaba segura de que era algo importante. Así que se tomó el tiempo de caminar por todo el transporte, anotando detalles; cuando acabó, repitió el procedimiento. Al salir de la nave, ya se habían llevado los cadáveres y el sargento rápidamente se reportó con ella.

—Falta uno —afirmó Beck.

—Acabamos con todos los rebeldes, señora.

Beck no se molestó en corregirlo, estaba segura de lo que sabía. El transporte, un EE-730 hecho por Kuat, estaba equipado con camas para seis pasajeros en total. Y las seis camas tenían signos de haber sido ocupadas. Sólo se habían llevado cinco cadáveres; por lo tanto, faltaba uno.

—Que bajen diez escuadrones más del *Vehement*, de inmediato. Quiero que registren todas las bahías de aterrizaje, todas las cantinas, el procedimiento normal. Que ninguna nave despegue o aterrice hasta que yo lo permita.

—Sí, señora.

—Y traigan a la nave un grupo de escaneo para recuperar toda la información de las computadoras, especialmente de la de navegación, así como el registro de entradas al hiperespacio. Envíen la información a mi oficina en el *Vehement*.

—Sí, señora.

Beck se dirigió a la salida de la bahía, pero se detuvo después de dos pasos, sus ojos se fijaron en el charco de sangre secándose que recordaba la muerte de la rodiana. Pensaba que algunos creerían que lo que había hecho la alienígena había sido valiente. Tal vez otros usarían las palabras «sacrificio» y «noble» para describir sus actos. Beck pensaba que esas personas eran idiotas, traidores, incluso. Manchó la punta de su bota con sangre y volvió a enojarse.

—Tonta —dijo.

—No somos una nave de asedio —afirmó el capitán Hove—, no tenemos el equipo necesario para evitar que los vuelos entren o salgan de Taanab.

—Encuentre la manera —ordenó Beck.

—¿Debo suponer que esto significa que la operación no fue tan exitosa como usted esperaba?

—Hubo una pequeña complicación —explicó Beck, entrando a su oficina, ya a bordo del *Vehement*, y sentándose detrás de su escritorio. A sus espaldas, una gran ventana mostraba una vista de Taanab rotando debajo de ellos, enmarcada por un interminable campo de estrellas que se extendía al infinito. Beck dio la vuelta en su silla para admirar la vista, pero principalmente para evitar la mirada de Hove. Aunque técnicamente él dirigía el *Vehement*, no había duda de quién realmente estaba al mando. Por esa razón, entre otras (como el hecho de que podía reportar al BSI alguna de las conductas de Hove como sospechosa o traicionera), Beck no le caía bien, y la relación entre ellos era de una civilizada y fría formalidad.

—El almirante Ozzel envió un comunicado a la flota ordenando que estemos listos para la batalla —informó Hove—. Si tiene información que no está compartiendo conmigo, le pido, por el bien de esta nave, que reconsidere compartirla.

Beck arqueó una ceja. Fuera, dos cazas TIE volaron frente a la ventana en una formación perfecta en paralelo.

—Sabrá lo que necesite saber cuando necesite saberlo, capitán —respondió Beck, girando la silla y mirando a Hove—. Compartir tal información con usted es como una invitación para que se filtre a los enemigos del Imperio. Y usted no quiere eso.

Hove se puso tenso y Beck intentó ocultar su sonrisa.

—No, comandante —contestó Hove.

—Necesito un droide astromecánico inmediatamente, y a usted en el puente. Cuando yo dé la orden, espero que partamos en seguida.

—Como siempre, la nave está a su disposición.

—Sí —reafirmó Beck—, lo está. Un droide, ahora.

Hoves golpeó sus talones, dio la vuelta y salió de la oficina. Las puertas se cerraron tras él. Beck dirigió su atención a la computadora que mostraba la información que

habían enviado desde la superficie del planeta y que habían recobrado del transporte. Una vez que revisó la información, contactó al sargento del escuadrón.

—TX-828 —respondió el sargento.

—Sargento, acabo de revisar los archivos de la nave: ¿esto es todo?

—Sí, señora.

—No, no lo es. Faltan los registros de la computadora de navegación.

—No, señora.

—Los registros están vacíos, sargento.

—Sí, señora, es correcto. Lo más que pudo determinar el equipo de recuperación de datos es que borraron todos los archivos del sistema hace menos de un día, y que la computadora tiene señales de que lo hacían regularmente.

El timbre de la puerta sonó, y Beck miró el monitor de vigilancia que mostraba el exterior de su oficina, observó a un droide astromecánico modelo R4 color negro y plateado; abrió la puerta y lo dejó entrar.

—Supongo que ocurre lo mismo con el registro de entradas al hiperespacio.

—Es correcto, señora.

Beck cortó la conexión y señaló a la unidad R4.

—Conéctate a mi computadora local y revisa la información que acaban de mandar del centro de operaciones en la superficie —ordenó Beck.

El droide silbó y se acercó. La parte superior de su domo rotaba mientras su brazo de interfaz se conectaba al escritorio. La unidad empezó a hacer chirridos y pitidos más largos, y Beck miró de nuevo por su ventana, pensando. Borrar la computadora de navegación no era algo inaudito, pero hacerlo de esa manera llevaba tiempo y sólo se hacía para impedir lo que intentaba hacer Beck, recuperar la historia de la nave. Además, el procedimiento podía dañar los archivos principales, y eso podía provocar que el salto al hiperespacio fuera desastroso, lo que significaba que la tripulación podía terminar muerta y la nave hecha pedazos.

Los rebeldes habían trabajado muy duro para borrar sus rastros, y la rodiana había estado dispuesta a matar y morir por esos secretos. Todo esto, sumado al tatuaje de alcaudón visible nada más para quienes supieran dónde buscarlo, sólo podía significar una cosa.

—Ematt —dijo Beck—. Te encontrabas ahí, ¿adónde te fuiste?

Como si le contestara, la unidad R4 hizo un sonido que, para Beck, sonaba como una tonada triunfal que llamó su atención de vuelta al escritorio y al monitor. A pesar de su mejor esfuerzo, el droide no pudo recobrar información sobre la computadora de navegación ni los registros del hiperespacio; sin embargo, consiguió información de los recursos y comercios que había visitado la nave, particularmente de combustible. Esto más el rango de vuelo de la EE-730.

—Eso sólo me dice dónde han estado —le reclamó Beck al droide—, no dónde estarán ni adónde fueron. Comunícate con la computadora del puente usando mi

autoridad. Quiero una lista de todas la naves que dejaron el planeta entre el momento que atacamos el transporte hasta que ordené el bloqueo.

El droide chilló.

Beck meditaba. Los rebeldes se habían estado preparando para salir de Taanab cuando ella y los soldados de asalto llegaron. Ematt debió escapar cuando empezó el ataque. Los soldados de asalto en la superficie no reportaron nada, y ella sólo podía suponer cuántas naves había dejado el capitán Hove que salieran del planeta antes de que ella ordenara el bloqueo.

Ematt ya no estaba en el planeta. Lo sabía.

El droide chifló y giró la cabeza, usando el proyector para mostrar tres imágenes: tres naves que habían salido antes de que Hove iniciara el bloqueo. Una era una nave droide autómata que se dirigía al Borde Interior. Beck la descartó inmediatamente; sería más que estúpido que Ematt intentara huir hacia el corazón del Imperio. De las otras dos naves, una era una vieja Sienar MK I de transporte pesado. La segunda era una Kuat Yard de carga, diseñada para trasladar cientos de compartimentos separados con contenidos diferentes.

Sería muy fácil esconderse dentro de uno de esos contenedores hasta que la nave llegara a su destino.

—Ese —señaló Beck—. Calcula su salto y la ruta que seguirá.

El droide parecía haber anticipado eso y en cuanto desaparecieron las otras naves, proyectó un mapa y un camino. La ruta iba más allá del Borde Exterior, hacia la frontera con el Espacio Hutt.

Beck se recargó en su silla. Rastrearía más tarde toda la ruta de la Sienar a fondo, pero ella estaba segura del destino. Por el comunicador de su escritorio llamó:

—¿Capitán?

—¿Sí, comandante?

—Fije el curso para Cyrkon —ordenó—. Quiero que estemos allá *ayer*.

CAPÍTULO 3
¿QUÉ PODRÍA SALIR MAL?

HAN SOLO FRUNCIÓ el ceño y miró por las ventanas de la cabina del *Halcón* hacia el túnel azul y blanco del hiperespacio, sin prestarle mucha atención. Sintió la nave a su alrededor, las vibraciones de los motores Isu-Sim modificados, que los impulsaban más rápido que la velocidad de la luz. Pensó en el anciano y en lo que intentó enseñarle al muchacho en el viaje de Tatooine a Alderaan. El viaje que empezó todo ese desastre. El anciano habló de la Fuerza, le dijo al muchacho que tenía que proyectarse por medio de sus sentidos y tonterías por el estilo. Han no necesitaba de la Fuerza para sentir lo que el *Halcón* hacía. Lo sentía en sus huesos.

Chewie le gruñó, intentando por tercera vez iniciar una conversación.

—No quiero hablar contigo —contestó Han.

El wookiee rugió.

—No estoy enojado —respondió Solo de mala gana. Hasta él mismo se escuchó enojado.

Chewie rio.

—Veremos cómo te ríes cuando estemos pudriéndonos en algún calabozo imperial. Este no era el plan, amigo.

Los motores cambiaron su potencia casi imperceptiblemente, pero ambos lo sintieron y enderezaron sus asientos. Chewbacca ya estaba preparando los compensadores de aceleración mientras Han jalaba la palanca del propulsor para salir del hiperespacio. No necesitaban decir nada, habían hecho el mismo procedimiento miles de veces. Era fácil saber la calidad de una tripulación basándose en cómo realizaba esa maniobra. Había pilotos que se ganaban la vida transportando pasajeros ricos por su habilidad de pasar del hiperespacio al espacio real con una maniobra tan suave que los pasajeros no derramaban ni una gota de sus bebidas. Eso era algo que sólo podían hacer los mejores.

Han jaló despacio las palancas, para disminuir en sincronía el poder de cada motor. Vio el final del túnel del hiperespacio acercándose a ellos, y con este un campo de estrellas y el brillo de la atmósfera de Cyrkon. Al mismo tiempo, Chewbacca activó los motores subluz y Han sintió al *Halcón* frenar, atrapado en el espacio, como si intentara adivinar hacia dónde debía ir, ansioso por seguir corriendo. Han le dio la vuelta, invirtió el impulso de dos de los motores, sintió a la nave ceder, y luego encendió los propulsores que faltaban. En un instante, el túnel había desaparecido y sólo veían Cyrkon, el planeta café, rojo y dorado.

Lo habían hecho a la perfección. Ni el mismísimo Emperador habría tenido queja alguna. Han sonrió, olvidando su mal humor por un instante.

De pronto, la alarma de proximidad del *Halcón* comenzó a sonar y su mal humor regresó. Han giró en su asiento para apagarla.

—¿Qué? —exclamó Han preguntándole más a la nave que a su copiloto—. ¿Qué?

Chewbacca gruñó, ajustando un sintonizador de la consola y encendiendo la cámara retrovisora. Han vio lo que mostraba la pequeña pantalla de la consola e hizo lo posible para que no se la cayera la mandíbula por la sorpresa.

—No es cierto.

Chewbacca gruñó e inclinó la cabeza.

—Sí, Chewie, creo que nos vieron.

Los altavoces en la cabina emitieron un crujido cuando entró una transmisión del canal de comunicación abierta.

—Este es el Destructor Estelar *Vehement*. —La voz tenía toda la arrogancia y soberbia que Han había aprendido a relacionar con los oficiales imperiales—. YT-1300 desconocida, identifíquese y declare sus intenciones en Cyrkon.

Han tomó los audífonos de diadema y se los puso contra una oreja, mientras, con la otra mano le hacía señas a Chewie, aunque no tenía necesidad de hacerlo: su copiloto ya estaba buscando bajo una de las consolas una caja llena de alias para naves que usaban con el *Halcón*. Cada nave en la galaxia tenía un transpondedor integrado que transmitía información sobre su identidad a otras naves. El sistema, llamado Identificación Amigo o Enemigo (IAE), confería una identidad única, teóricamente imposible de alterar, y era un delito siquiera intentarlo. Pero eso no había impedido que los dueños originales del *Halcón* lo hicieran y, con el paso de los años, Han y Chewie habían reunido una cantidad considerable de alias para la nave, y ahora tenían cientos de nombres y documentaciones falsas.

—¡Hey! ¡Hola! —contestó Han, y como se dio cuenta de que había hablado con una voz gangosa, decidió seguir fingiendo esa voz—. Un hermoso día, ¿no lo cree, *Vehement*?

Chewie tenía la caja en su regazo y estaba escogiendo cubos de información. Le mostró uno a Han preguntándole con la mirada si debían usarlo. Si lo usaban, diría que el *Halcón* era una nave llamada *Jin-Den Smoke*, y que la rentaban a una tal familia DeWeir. Han negó con la cabeza.

—YT-1300 desconocida, repito, identifíquese y declare sus intenciones en Cyrkon, o será abordado. Tiene diez segundos para contestar.

—Vaya, esa no es manera de saludar —respondió Han. Chewie le mostró otros dos cubos, uno diría que eran el *Broken Bell* y que llevaban refacciones hidráulicas para grúas binarias, y la otra los llamaría *Foul Matter* y llevarían, apropiadamente, material sanitario. Han negó de nuevo e hizo una mueca que indicaba, claramente, que no tenían tiempo para eso. Chewbacca dejó caer los cubos y siguió buscando—. ¿Así le hablan a todas las naves con las que se topan?

—YT-1300 desconocida, tiene cinco segundos para responder. Transmita su identificación y declare sus intenciones en Cyrkon.

—¡Epa! Calme sus eopies —pidió Han—. Aquí lo tengo. Algo pasa allá abajo que…

—Tres segundos. Dos segundos…

Chewbacca sostuvo un último cubo y, antes de que Solo pudiera ver lo que decía, lo conectó a la consola y transmitió la señal casi al mismo tiempo.

—Ya deberían recibirlo, *Vehement* —señaló Han.

Hubo una pausa, todo era silencio en el canal abierto. Solo y Chewbacca se miraban entre sí. Si la identidad era negada, o peor aun, identificada como falsa, serían atacados a quemarropa por un Destructor Estelar. En el mejor de los casos, podrían esquivarlo lo suficiente como para volver a dar el salto al hiperespacio, pero la misión habría fallado antes de haber empezado, y si había un Destructor Estelar orbitando Cyrkon, probablemente ya era demasiado tarde.

—Lo identificamos como *Lost and Found*, capitán Coszel Dridge. Declare sus intenciones y cargamento.

—Ah, sí. ¡Ese soy yo! —afirmó Han—. Sólo vamos a aterrizar y a abastecernos de combustible y de un poco de R y R, eso es todo. Según sé, hay una cantina en el lado sur de Motok, la capital, donde puede encontrar a las bailarinas twi'lek más hermosas que haya…

—Sus perversiones no nos interesan, capitán Dridge. Le recomendamos que en un futuro transmita la identificación de su nave inmediatamente después de salir del hiperespacio. Pueden ir en paz. *Vehement* fuera.

Un clic anunció que el canal de comunicación se había cerrado.

Han y Chewbacca se reclinaron en sus asientos y exhalaron al unísono.

El *Halcón* se sacudió al entrar a la atmósfera y se estabilizó conforme Han y Chewbacca la pilotaron por los tóxicos cielos de Cyrkon hacia la capital. Chewie programó las coordenadas mientras Han se ponía de acuerdo con el control aéreo de Motok, que les asignó una bahía segura en los bordes de la ciudad.

Esconderse en Cyrkon tenía ventajas y desventajas, según Han. La ventaja era que el gobierno local era tan corrupto como el imperial, lo que significaba que con suficientes créditos podías comprar el derecho para hacer lo que necesitaras. Aunque había una economía sostenible en el planeta, los verdaderos negocios se llevaban a cabo en el mercado negro: se vendían armas, bienes, especias e, incluso, esclavos. Si se trataba de algo que pudiera generar ganancias, probablemente podría encontrarse en alguna de las ciudades de Cyrkon.

La desventaja era que dichas ciudades no tenían mucho qué ofrecer. Estaba Motok, que era por mucho la más grande y, por ende, la capital de facto, y unas cuantas ciudades más regadas por el planeta, pero nada más. Esto tenía una buena explicación: todas las ciudades de Cyrkon estaban cubiertas por domos, eran estructuras cerradas con temperatura regulada y control atmosférico. Cuando el planeta se colonizó, mucho antes de que cayera la República, había sido un mundo idílico, perfectamente situado en la zona habitable de su sistema de una sola estrella. Desde entonces, la atmósfera se había

vuelto venenosa debido a las toxinas que habían llegado con la industria. La temperatura se elevó increíblemente, la superficie se sobrecalentó y esto provocó un drástico efecto invernadero, que sólo dejó dos opciones: vivir bajo el domo o morir.

Debido a ello, las ciudades se sobrepoblaron y carecieron de los recursos suficientes. Había muchos lugares donde esconderse, pero no muchos lugares para vivir.

El *Halcón* voló hacia el área de puertos, como les indicó el control aéreo, y Han voló lentamente sobre la bahía que les habían asignado. Cada bahía estaba protegida por un escudo magnético, una delgada capa color azul de energía reluciente, y la mayoría estaba ocupada. Chewie se asomó por la cabina y observó con Han las naves que había debajo. En una de las bahías vieron un transporte imperial de tropas clase *Sentinel*.

El wookiee gruñó preocupado.

—Probablemente no trajeron todo un regimiento —contestó Han.

Chewbacca no se molestó en contestar. En su lugar, señaló, con uno de sus dedos peludos, una nave estacionada en otra bahía, como a medio kilómetro del transporte imperial. Esta otra no era militar, era una 1550-LEX, una nave yate de lujo con una brillante línea azul que decoraba la parte superior del casco de proa a popa. Chewie gruñó una pregunta.

—Parece que sí lo es.

Chewie gruñó de nuevo, esta vez con un tono más grave.

—Ya veremos.

Han dio un giró de ciento ochenta grados para colocar el *Halcón* sobre la bahía de aterrizaje que les habían asignado, luego bajó la nave a nivel del piso con tanta delicadeza como si besara la frente de un bebé. Chewie comenzó a asegurar los sistemas y Han puso los motores en modo de espera, en lugar de apagarlos por completo. El wookiee lo miró.

—Como si no fuéramos a salir corriendo de aquí —explicó Han.

El wookiee lo pensó por un momento; luego aceptó con un gruñido. Se levantó, tomó su ballesta del asiento donde estaba y luego miró a Han.

—Bueno, esperemos que no la necesites.

Salieron de la cabina, tomaron el corto pasillo y llegaron al compartimento circular principal. Chewie gruñó y ladró mientras Han acomodaba la rampa para que bajaran a la bahía.

—No lo sé —contestó Solo—. Esas naves *Sentinel* pueden transportar a muchos soldados de asalto.

Chewie respondió con otro gruñido.

—Es una ciudad grande. No sabemos si el *Vehement* lo está siguiendo. Probablemente fue una coincidencia, ¿no? E incluso si están buscando a Ematt, estarán dispersos, así que si abrimos bien los ojos y no hacemos nada estúpido, todo saldrá bien. De entrada por salida; nadie sabrá que estuvimos aquí.

Caminaban por la bahía hacia las puertas principales que llevaban al puerto, cuando el Wookiee volvió a gruñir.

—Estoy tratando de pensar positivamente, Chewie —le reclamó Solo, comenzando a molestarse—. Si estás tan nervioso, déjame recordarte que fue tu idea. Yo no quería tener nada que ver con esto, ¿recuerdas?

El wookiee respondió con un aullido, mientras Han abría las puertas del hangar. Cuando se abrieron, revelaron un pasillo largo y ancho, lleno de vida, que iba más allá de donde llegaba la vista, con más pasillos extendiéndose en todas direcciones. También eran ruidosos, llenos de voces discutiendo, gritando en una docena de lenguajes diferentes, deslizadores zumbando al pasar, droides haciendo ruidos en binario, vendedores pregonando su mercancía desde sus puestos. Salieron del hangar y Han aseguró las puertas, dejando el *Halcón* a salvo dentro.

—Mira, relájate —dijo Solo mirando a Chewbacca—. Hemos lidiado con soldados de asalto antes. ¿Qué podría salir mal?

El wookiee gruñó suavemente.

Han dio la vuelta y, entre la multitud, vio una figura esbelta, y extrañamente alta, a unos quince metros de distancia, liderando un grupo de tres humanoides. Le tomó una fracción de segundo darse cuenta de que el líder era un droide, uno que no se parecía a ninguno que hubiera visto antes. Su rostro era una parodia del de un droide de protocolo, plano, color gris mate; tenía una especie de collar brillante alrededor, como una flor de acero; su armazón parecía humanoide, pero estaba incompleto, terminaba a la mitad de su torso revelando la maquinaria en su cintura; sus piernas eran largas y con la forma de huesos humanos, al igual que sus brazos. Tenía una pistola bláster en un puño y una carabina bláster con un aspecto mucho más aterrador en el otro. Los tres humanoides detrás de él, un kubaz, con su larga trompa reconocible desde la distancia, un gran y un humano, también alzaron sus armas.

—Han Solo —lo llamó el droide, incluso desde esa distancia su voz era clara, metálica como el resto de su cuerpo—, Jabba te manda saludos.

Después de decir esto, el droide abrió fuego.

CAPÍTULO 4
PREGUNTAS APREMIANTES

—PÓNGANLOS contra el muro —ordenó Beck—. Si alguno intenta algo, mátenlo.

—Sí, señora —obedeció el sargento; luego estiró un brazo y gritó—: ¡Ya la escucharon! ¡Muévanse!

Los soldados de asalto empezaron a trabajar inmediatamente, derribando mesas y deteniendo clientes de la cantina, arrojándolos violentamente contra la pared. Algunos protestaban, pero debido a la amenaza de los rifles bláster y a la impaciencia imperial, lo hacían sin convicción. Beck los miraba con desprecio. Para empezar, no era una cantina muy bonita, y la chusma criminal que la visitaba tampoco lo era.

Cuando el escuadrón terminó de revisar todo, había catorce clientes en el muro, más el cantinero, su ayudante humanoide y un droide de servicio. Beck observó al grupo mientras los soldados los revisaban; su ojo emitía clics mientras los veía con diferentes espectros. Tres tenían armas bláster escondidas, y un viejo twi'lek de tez roja intentó tomar el suyo. Beck sacó su bláster primero y le apuntó al viejo en la frente.

—No lo haga —sugirió Beck.

El twi'lek no lo hizo.

Beck esperó a que los soldados de asalto desarmaran al grupo. Todos, incluso el droide, portaban armas. El montón de armas amontonado en la única mesa que quedaba en pie era enorme. Había dos vibrocuchillos, así como diversas clases de blásters pesados y ligeros, y un detonador térmico.

—Estoy buscando a un hombre —comenzó a hablar Beck, sacando un holoproyector de su bolsillo y encendiéndolo. Este mostró una imagen de Ematt de al menos tres años de antigüedad. Les enseñó la imagen a todos y continuó—. Estoy buscando a este hombre. Entre más pronto me digan dónde encontrarlo, más pronto regresarán a sus bebidas.

En el muro, los clientes se movían incómodos; algunos se miraban entre sí, el resto miraba a Beck. Había un miedo satisfactorio en sus expresiones.

—Si no me dicen dónde puedo encontrarlo —advirtió Beck—, los mandaré ejecutar.

El cantinero tartamudeó y después aclaró su voz; era un devanoriano con dos cuernos saliendo de su cabeza, pero uno con la punta rota.

—¡No puede hacer eso! ¡No hemos hecho nada!

—Algo se me ocurrirá.

—¡El Imperio no tiene autoridad aquí!

Beck suspiró y se acercó al cantinero hasta estar a unos pocos centímetros de distancia; el cantinero se hizo para atrás tan brusca y rápidamente que parecía querer atravesar el muro. Beck sonrió.

—Yo soy la autoridad aquí.

—No lo hemos visto —afirmó el twi'lek. Beck lo miró y ajustó la visión térmica de su ojo. Los twi'leks tenían una temperatura corporal más alta que la de otros humanoides y este no era la excepción, pero su temperatura estaba más elevada de lo normal para su especie. El miedo hacía eso. Aparte de la temperatura, su ojo le indicaba el pulso cardiaco y la respiración; con todo esto, podía actuar como detector de mentiras.

—Ninguno de nosotros lo ha visto —añadió el twi'lek.

—Estás mintiendo —afirmó Beck. Luego guardó el proyector y se dirigió a la salida. Cuando pasó junto al sargento, ordenó—: Tráiganlo. El resto puede irse.

Salió del bar hacia el puerto de Motok y frunció la nariz al percibir distintos aromas. El lugar estaba sucio, la población estaba sucia, humanos y alienígenas por igual. Había demasiados alienígenas para su gusto, y se podía oler la corrupción en el aire. Todo el planeta era corrupto, como muchos otros en el Borde Exterior, como muchos otros infestados de hutts. Beck sabía que el Imperio tenía asuntos que atender en otros lugares de la galaxia, pero esperaba que un día el ojo del Emperador se fijara en esos lugares sin ley, apenas civilizados y caóticos que necesitaban tanto orden.

A ella le encantaría formar parte de tal operativo.

El sargento salió del bar con cuatro soldados, llevaban al twi'lek con las manos amarradas en la espalda.

—Yo no sé nada —dijo el twi'lek.

—Pero estás mintiendo. Yo sé que estás mintiendo —contestó Beck, sonriéndole dulcemente—. Y como sé que me estás mintiendo, sé que me puedes decir la verdad. Hay dos maneras de que me la digas: la manera fácil consiste en que me la digas y ya; la difícil involucra un droide de interrogación a bordo de mi Destructor Estelar.

El twi'lek perdió el color de su piel, el rojo se volvió rosa.

—Creo que es una decisión muy sencilla, pero no soy tú para tomarla.

—Él no estaba… no estaba vestido así —murmuró el twi'lek—. No como en el holograma, pero lo vi. Esta mañana. Ahí dentro. No se quedó mucho tiempo.

—¿Qué estaba haciendo?

—No lo sé. Creo que esperaba a alguien.

—¿Esperaba encontrarse con alguien?

El twi'lek asintió rápidamente, haciendo que sus lekku rebotaran en su espalda.

—Eso parecía.

—¿Y lo hizo?

Esta vez negó con la cabeza con el mismo vigor e hizo que sus lekku se columpiaran.

—No, se… se quedaba mirando la puerta, pero luego sólo se paró y se fue.

—¿Adónde se fue?

—¡No lo sé, lo juro por el creador, no lo sé!

Beck utilizó su ojo para ver si mentía. Si acaso, el twi'lek estaba más asustado que antes, pero no notó nada que indicara que mentía. Hizo una mueca y dio la vuelta haciéndole señas al sargento de que lo liberara.

—¿Me dejará ir? —preguntó el twi'lek inclinando su cabeza mientras el sargento lo liberaba. Levantó sus manos, ahora libres, y acarició sus muñecas—. ¡Gracias! ¡Gracias!

Beck hizo una pausa.

—¿Sabía usted que el hombre era un rebelde?

—Supuse que tal vez lo era.

Beck suspiró cansada, repentinamente.

—Todos los rebeldes y simpatizantes con los rebeldes deben ser fusilados al momento —dijo ella.

No tuvo necesidad de ver al sargento, ni siquiera de voltear. Hubo silencio una fracción de segundo, después se escuchó el bláster del sargento y, un momento más tarde, el cuerpo del twi'lek cayó al piso.

—Retiren el cadáver de la calle —le ordenó Beck al sargento y, una vez más, tomó el holoproyector de su bolsa. Presionó el botón del comunicador y una miniatura luminosa del capitán Hove apareció.

—¿Algún progreso, comandante?

—He confirmado que fue visto esta mañana. Quiero que baje un destacamento completo. Empezaremos una búsqueda en red de toda la ciudad, empezando por el puerto.

La imagen de Hove dejó de ver la cámara por un momento, y Beck vio que era para darle órdenes a algún oficial fuera de su vista en el puente del *Vehement*. Luego la miró de nuevo.

—¿Está segura de que sigue en el planeta?

—Usted está mejor equipado que yo para saber eso, capitán.

—No ha despegado ni una nave de Motok desde que llegamos.

Beck comenzó a decir la palabra «bien», pero algo la hizo detenerse.

—No suena tan seguro, capitán Hove.

—Se lo aseguro, comandante, ningún despegue.

—¿Pero…?

Hove se movió con incomodidad y jaló el cuello de su uniforme.

—Hubo algunos aterrizajes, nada fuera de lo común. Uno de ellos nos dio un poco de problemas, pero lo dejamos pasar.

—Cuénteme más.

—Una fragata ligera, el *Lost and Found*. Lo dejamos aterrizar hace como una hora. Su registro fue aceptado, pero estaba expirado. Lo revisé nuevamente después de que lo dejamos pasar, tiene marcas que indican que es la misma nave que pusimos en la lista de los más buscados hace unos días. Algún problema en Tatooine, si mal no recuerdo.

—¿Por qué no me informó esto antes?

—Cyrkon es un famoso centro de piratas y contrabandistas, comandante. No es extraño que una nave use un alias. No fue hasta que revisé que me percaté de que era una nave conocida.

—¿En qué bahía?

—En verdad dudo que importe, comandante. Sólo quería informar…

—No le pregunté lo que quería, y honestamente no me importa, capitán. ¿Qué bahía?

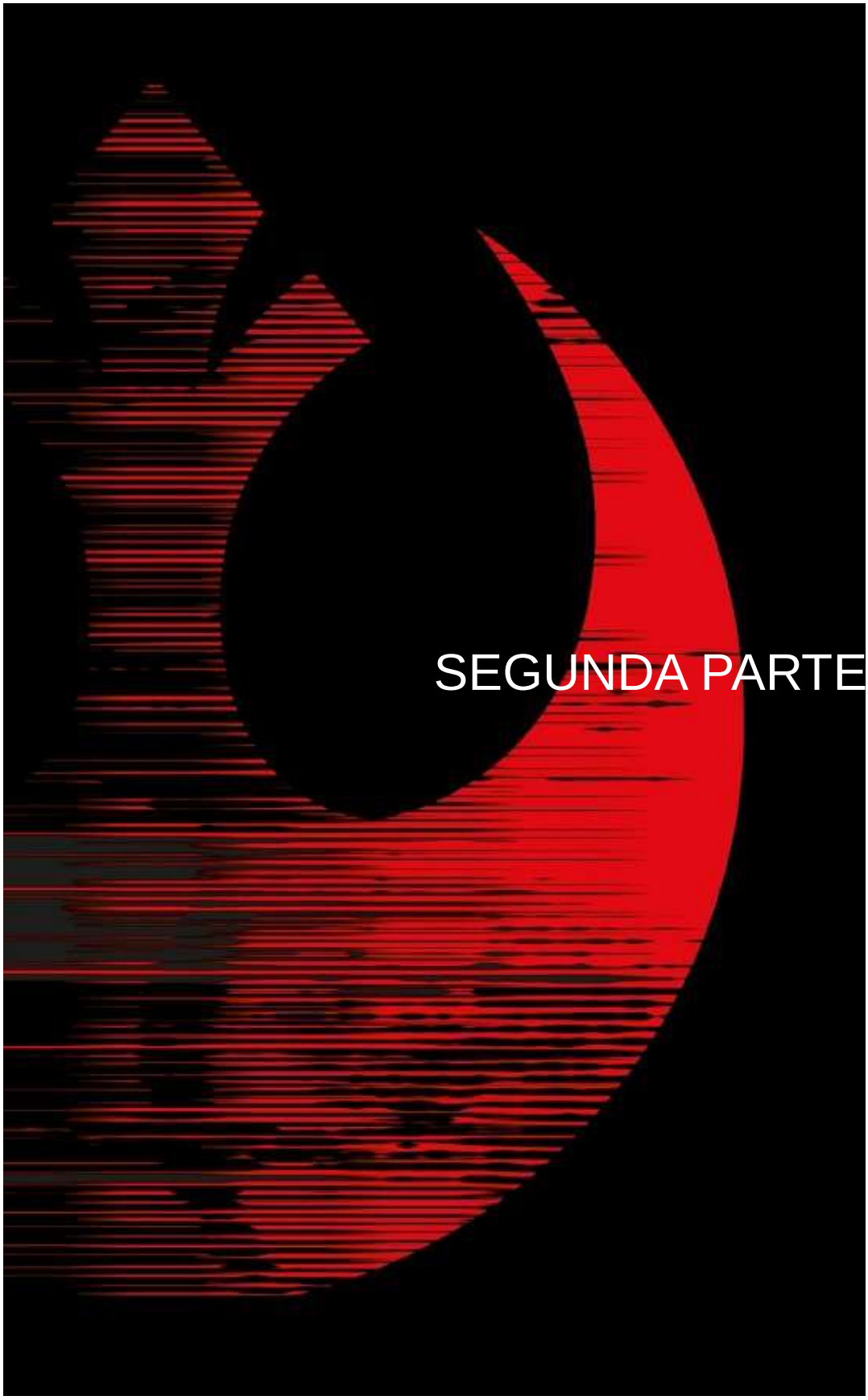
Hove miró hacia otro lado, revisando algo fuera del campo de visión.

—Bahía siete treinta y dos. Pero en verdad no veo…

Beck interrumpió la transmisión y con ella la oración de Hove. Estaban en la bahía ochocientos, a más de un kilómetro de la bahía siete treinta y dos.

—Vinieron a rescatarlo —le dijo al sargento.

Luego comenzó a correr seguida por el sonido de las botas de los soldados de asalto.


SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 5
MALA SUERTE

—OYE —DIJO SOLO—, ¿podemos hablar de esto?

La respuesta llegó en forma de otra ráfaga de disparos que pasaron rozando su cabeza, cuando Han se asomó sobre el carrito de zeezfuruit con el que se cubría. Fragmentos de la mampostería le cayeron encima y el polvo lo hizo estornudar. Han miró a su derecha para ver cómo estaba Chewie. El wookiee se había ocultado detrás de un deslizador nuevo y brillante, lo suficientemente grande para protegerlo del fuego del grupo de cazarrecompensas. Desafortunadamente, el vehículo ya había sido impactado en muchos lados y el parabrisas se había hecho pedazos. El dueño del deslizador no estaría para nada feliz cuando regresara, pensó Solo.

El wookiee estaba recargando su ballesta, poniendo uno de los paquetes de su bandolera en el compartimento del arma. Luego le gruñó a Han.

—Estoy intentando pensar en algo —contestó Solo.

Les dispararon de nuevo y Han se hizo bolita. Chewie lo miraba; Han asintió con la cabeza y ambos se levantaron a responder el fuego. Los cazarrecompensas buscaron cubrirse de la misma manera. El droide estaba detrás de una pesada columna de soporte de las muchas que había a lo largo del pasillo, pero el gran estaba expuesto, por el momento. Han disparó rápidamente dos veces, el primer disparo le dio al gran en el hombro izquierdo y el segundo falló. El gran maldijo en idioma hutt.

Chewie rugió y Han escuchó un disparo de la ballesta y vio de reojo el lento y largo proyectil que salió del arma. La columna detrás de la cual se escondía el droide recibió el impacto, y un gran pedazo de concreto se vaporizó.

Han se cubrió de nuevo, exhaló y ajustó la DL-44 en sus manos. Eso no iba bien. Estaban desperdiciando tiempo, y con este tiroteo no faltaba mucho para que llegara todo un desfile de soldados imperiales cabeza de cubeta a investigar la conmoción.

Un objeto pesado y de mal aspecto se acercó rodando y pitando hacia él. Sin pensarlo mucho, Han estiró la pierna y con la punta de su bota pateó la bola de metal mandándola a uno de los muros cercanos del ahora casi desierto pasillo. Un instante después el objeto explotó, y Han se sintió agradecido de que esa parte del puerto estuviera vacía desde que empezó el tiroteo. Había cazarrecompensas de todas formas y tamaños, todos ellos con una forma especial de trabajar. Él sabía que algunos eran muy cuidadosos, precisos y profesionales en su trabajo; podías respetar a los que eran así, incluso si no estabas de acuerdo con su manera de ganarse la vida. A otros sólo les importaba atrapar a su objetivo y, si algún inocente se atravesaba en su camino, peor para él; eran daños colaterales, otro de los gajes del oficio. Y por el armamento que estos traían consigo, Han estaba seguro de que eran del segundo tipo.

Pero había algo que, según su experiencia, tenían en común todos los cazarrecompensas.

—Tengo el dinero —exclamó Han—. Escúchenme, ¡tengo el dinero de Jabba!

El tiroteo se detuvo y Solo aprovechó para asomarse y sujetar con más firmeza el mango de su bláster. Los cuatro cazarrecompensas seguían ocultos, pero todos habían escuchado, y Han sabía que tenía su atención.

—Se los daré. Todo.

Chewbacca lo miró sorprendido, pero Han lo ignoró.

—Es todo suyo, sólo déjennos ir.

—¿Dónde? —preguntó el droide de voz robótica y mal modulada.

—Está en mi nave. Déjenme ir por él, se los traeré.

—Solo —respondió el droide con una voz que reflejaba decepción—, si dejo que te subas a tu nave, jamás regresarás. Iremos contigo.

—Si vienes con nosotros, nada evitará que nos dispares por la espalda una vez que tengas el dinero.

—Correcto.

—¿Entiendes por qué no me gusta ese trato?

—Podemos ofrecerte otro —continuó el droide—. Podemos matarte aquí y llevarnos tu nave y tu dinero.

—Tampoco me gusta ese —respondió Han.

Chewie opinó lo mismo con un gruñido.

Han suspiró y miró hacia el pasillo, detrás de los cazarrecompensas.

Había un escuadrón de soldados de asalto imperiales, liderados por una oficial con un bláster en la mano. Han enfundó su pistola y miró a Chewie.

—¡Baja tu arma! —susurró Han.

El wookiee lo miró como si estuviera loco, luego vio hacia donde veía Han y entendió lo que quería decir. Chewie bajó su arma.

—¡Rebeldes! —gritó Solo, señalando en dirección del droide.

Los cazarrecompensas volvieron a disparar en ese momento y la oficial y los soldados de asalto se separaron rápidamente. Se dividieron en dos grupos y se pegaron a los muros del pasillo. Los disparos láser rozaban la cabeza de Solo y se estrellaban detrás de él, en los muros y pisos del ancho pasillo. Han salió de su escondite en el carro de fruta y corrió hacia donde estaba la oficial, detrás de otro pilar. Más disparos le pasaron rozando y se estrellaron en los muros cercanos a él. Han pudo sentir el calor del láser rozando su cabello mientras se escondía con la oficial. Sin aliento ni necesidad de fingir estar asustado, le dijo:

—¡Están locos! Se dirigían hacia una de las naves, algo pasó, ¡y de la nada empezaron a disparar! ¡Creo que intentan escapar!

—¡Cúbrase! —le ordenó la mujer, empujándolo hacia el muro. Ella era alta, casi tan alta como él, tenía el cabello rubio, un ojo azul y otro cibernético que brillaba con un color rojo infernal, montado en una pieza negra de metal fundida a su piel. Era atemorizante mirarla. La cicatriz que iba desde su cabello hasta su mandíbula parecía ser profunda, y la herida que la provocó seguramente debió ser terriblemente dolorosa.

—¿Cuántos son?

—Creo que cuatro —afirmó Solo, abriendo más los ojos por la sorpresa—: dos alienígenas y un robot. Son liderados por un humano.

La oficial apretó la mandíbula y dio media vuelta, luego le hizo señas a los soldados de asalto.

—Ajusten sus armas para aturdir. Los quiero vivos. Necesitaremos un bláster de iones.

—Puedo ayudar con eso —dijo Solo.

—Ya ayudó lo suficiente, ciudadano. Quédese aquí donde está seguro. Quiero hablar con usted una vez que estos traidores estén bajo custodia.

—Mi ami… mi sirviente sigue atrapado ahí —señaló Han, refiriéndose a Chewbacca, que seguía cubriéndose detrás del deslizador—. Lo necesito, sería muy caro reemplazarlo.

—Lo cubriremos —dijo la oficial. Volvió a hacerle señas a los soldados de asalto que estaban al otro lado del pasillo. Y comenzaron a moverse de la manera que los soldados de asalto siempre se movían: precisa y rápida, como una unidad, avanzando en grupo, dándose fuego de apoyo, abriéndose paso por el pasillo. Los cazarrecompensas respondían al fuego, porque no querían renunciar a su recompensa o porque no se habían dado cuenta de que ahora pelaban otra batalla. Que ya no luchaban contra Han Solo y Chewbacca. Esto último era lo más probable.

El grupo de soldados llegó al deslizador y Chewbacca recogió su ballesta, corriendo con largas zancadas hacia donde Han lo esperaba. Ambos miraron el conflicto que había en el pasillo. Han alcanzó a escuchar a la oficial gritando:

—Soy la comandante Beck del Buró de Seguridad Imperial. Bajen sus armas y ríndanse, ¡y les perdonaremos la vida!

Chewie gruñó.

—Definitivamente es hora de irnos —afirmó Han.

La cantina estaba en el compartimento de carga que se encontraba a bordo de la 1550-LEX que habían visto cuando llegaron. Les tomó un momento verificar que la nave era la que creían que era: *Miss Fortune*. Entraron a la bahía sin mayor dificultad y sin llamar la atención. Se acercaron a la parte trasera de la nave, donde estaba abierta la rampa de cargamento, y en la entrada un shistavanen silencioso se recargaba en uno de los elevadores hidráulicos de la rampa. Desde afuera podían escuchar la música y las voces del interior. El shistavanen levantó una pata y los detuvo.

—La entrada cuesta quince créditos —gruñó y levantó su cabeza, con rasgos lupinos, para mirar a Chewbacca a los ojos—. Veinte para el wook.

—Soy amigo de Delia —afirmó Solo.

—Todos son amigos de Delia —respondió el shistavanen—. Treinta y cinco créditos, amigo.

—Qué robo —le dijo Han a Chewbacca, sacando un puñado de créditos de su bolsillo y poniéndolos de mala gana en la pata del shistavanen—. No lo malgastes.

Subieron por la rampa hacia lo que alguna vez fue un compartimento de carga razonablemente espacioso. Técnicamente seguía siéndolo, pero esa ya no era su función y no lo era desde hacía mucho. En su lugar había una larga barra a lo largo del extremo delantero de la nave, con vitrinas detrás que ofrecían los mejores licores de la galaxia. Media docena de pequeñas mesas redondas ocupaban el resto del espacio, con dos o tres asientos cada una. La mayoría estaban ocupadas.

El cargamento que transportaba el *Miss Fortune* solía ser líquido, embriagante por lo general, y muy caro la mayoría de las veces, pero tenía la ventaja de que lo servían en el lugar más discreto posible. El *Miss Fortune* no necesitaba permisos, no pagaba impuestos y, cuando las autoridades se daban cuenta de eso, podía irse volando, literalmente, a otro mundo para empezar el proceso una vez más. Para los que se ganaban la vida yendo de planeta en planeta, como los contrabandistas, exploradores y mercenarios, era el lugar perfecto para tomarse un trago en paz y tranquilidad e incluso enterarse de las últimas noticias.

Han entró primero al bar, caminó entre las mesas y se recargó en la barra en medio de dos bancos vacíos. La cantinera, que le daba la espalda, era una humana de cabello corto de color rojo. Cuando se dio la vuelta y lo vio, una sonrisa invadió su rostro pálido y ligeramente pecoso. Luego, Han se dio cuenta de que no lo miraba a él, sino a Chewbacca.

—Hey, wookiee —lo llamó la mujer, parándose en las puntas de sus pies para rodear a Chewie con un abrazo. Chewbacca bufó, la abrazó y la levantó unos centímetros del piso. Han vio que las mejillas de la mujer se pusieron del color de su cabello cuando el wookiee la abrazó.

—Vas a romper a Delia, Chewie —comentó Han.

Chewbacca gruñó, rugió una vez y la soltó. La mujer recobró el equilibrio y recorrió sus dedos por su rojo cabello, recuperando el aliento.

—Solo —dijo la mujer intentando respirar con normalidad.

—Capitana Leighton.

Delia Leighton sonrió de nuevo.

—Escuché que habías muerto, Han. Que Greedo te había hecho papilla en Mos Eisley o algo así. Casi me pongo triste.

—¿Casi?

—No me has pagado tu cuenta.

—Tengo el dinero.

—¿Ah, sí? —preguntó Delia, apoyando los codos sobre la barra y sonriéndole—. A ver.

—No lo tengo conmigo.

—Sabía que dirías eso.

—Puedo pagarte. El dinero está en el *Halcón* —explicó Han acercándose hasta quedar cara a cara con ella—. Eso y más si, no sé, nos ayudas.

—Siempre intentando aprovecharte.

—No me aprovecho, sólo quiero información. Estoy buscando a alguien.

—Todos buscamos a alguien, Solo —respondió Delia, tomando una toalla para manos que colgaba de su cinturón y comenzó a limpiar la barra.

—Dos juri, un incandescente y una botella de Bost —pidió un droide mesero.

Delia comenzó a preparar la orden.

—Delia, tenemos un poco de prisa —comentó Han.

—Eso es nuevo —respondió Delia sarcásticamente.

—¿Puedes ayudarnos?

Delia puso una botella en la charola y la destapó.

—Aún no me dices a quién estás buscando.

—Un humano, varón, como de veinte años estándar, cabello café, ojos cafés. Llegó a Motok en las últimas dieciocho horas o algo así.

—¿Entonces buscas a la tercera parte de todos los humanos que visitan Motok? —preguntó Delia colocando dos vasos en la charola. Luego tomó una botella que estaba a sus espaldas y, sin detenerse para verla, la lanzó sobre su cabeza, la atrapó con su otra mano, la destapó y comenzó a servir. El líquido que salía de la botella era de un brillante color plata que hacía espuma en la parte superior de los vasos y tenía un dulce aroma afrutado—. Estás siendo extrañamente impreciso.

—Quiere salir del planeta. Espera un aventón. —Han se inclinó hacia ella para mirarla a los ojos—. Espera un aventón en especial de unos «amigos» especiales. El tipo de amigos que es bien sabido que te causan simpatía.

Delia no reaccionó inmediatamente, punto a su favor. Terminó de despachar las órdenes del droide, que se llevó la charola y se fue rápidamente. Esperó unos momentos y regresó su mirada hacia Solo. La sospecha en sus ojos era innegable.

—Es bien sabido que tú nunca pones la mano en el fuego por alguien más que no seas tú mismo —dijo ella.

—Yo soy su aventón, Delia.

—No te creo.

—¿Crees que estoy trabajando para el Imperio?

Delia miró a Chewbacca, que había estado callado, escuchando. Negó con la cabeza.

—Pero sé para quién sí trabajas —comentó Delia—. Las babosas.

—A los hutts no les vendería ni a mi peor enemigo.

—Ambos sabemos que eso no es verdad.

—Bien, tal vez sí les vendería a mi peor enemigo. Pero esto no se trata de eso. Soy el aventón de ese sujeto, Delia.

—¿Se supone que tengo que creer que te uniste a los clandestinos?

Han negó con la cabeza.

—No, no, para nada, por supuesto que no. Esto es algo de una sola ocasión.
Delia se mordió los labios.
—¿Chewie?
El wookiee asintió.
—¿Es verdad?
El wookiee asintió de nuevo y rugió.
Ella inclinó la cabeza, incrédula.
—Deben estarte pagando asquerosamente bien —afirmó Delia.
—No lo suficiente —respondió Solo.

CAPÍTULO 6
CAUTIVADOR

—PROCEDAN, SIGMA CUATRO —ordenó el sargento imperial. Dos soldados de asalto que flanqueaban el pasillo avanzaron al instante, un movimiento de ataque que habían practicado tantas veces que podían hacerlo sin pensar: avanzar, disparar, avanzar.

Más allá del deslizador a medio destruir, Beck vio a uno de sus cuatro oponentes caer: el kubaz, que recibió dos disparos aturdidores seguidos que lo derribaron. Los tres restantes parecieron dudar, como si les impresionara la eficacia y velocidad del ataque. El segundo equipo de soldados de asalto abrió fuego y derribó al gran. El humano, que usaba una vestimenta que era una mezcla entre militar y refugiado, con una sucia capa que lo cubría casi por completo, dio media vuelta e intentó correr.

—Deténganlo —ordenó Beck.

Aunque no hacía falta que dijera nada. El humano no había dado ni cuatro pasos cuando le dispararon dos veces en la espalda. Su cuerpo emitió un color azul mientras una sobrecarga de partículas atacaba su sistema nervioso. A través de su ojo cibernético, Beck pudo ver los signos vitales del humano volverse locos por un instante y, al momento siguiente, estabilizarse, después de que los impulsos eléctricos que habían vuelto loco a su cerebro también lo habían obligado a reducir sus actividades al mínimo. Era lo mismo que hacía la anestesia médica, Beck lo sabía; aun así, disfrutaba ver al rebelde sufrir el proceso.

Sólo quedaba el droide. Era un modelo rezagado desde los tiempos de las Guerras Clones, o al menos eso parecía; salió de su escondite y puso en alto sus armas en un gesto de rendición que daba lástima.

—No disparen —pedía el droide.

El sargento imperial tomó un arma DEMP de barril corto que tenía en su brazo y disparó. El pulso electromagnético impactó al droide, atascando sus sistemas, haciéndolo temblar y sacar chispas en todas direcciones, mientras la carga ionizada recorría sus circuitos. El droide hizo un quejido infantil casi patético y luego colapsó.

—Eficiente —comentó Beck. Probablemente ese era el mejor cumplido que había dado.

El sargento imperial con número de designación TX-828, asintió con la cabeza a manera de agradecimiento, y dijo:

—Gracias, señora.

Beck guardó su bláster en la funda de su pierna y caminó hacia delante. En ambos lados del pasillo empezaron a verse siluetas en movimiento, personas que habían tenido el buen juicio de esconderse cuando empezó el tiroteo. En las tiendas se escuchaban los pregoneros y, uno tras otro, los sonidos de los droides retomando sus actividades comenzaron a mezclarse con el ruido de fondo y, lentamente, la comunicación y el comercio regresaron a la normalidad. Todos la miraban a ella y a los soldados de asalto

mientras avanzaban, el sargento le indicaba a sus tropas que desarmaran y esposaran a los prisioneros. Beck estaba concentrada en el humano: tirado, inmóvil, cuyo cuerpo estaba cubierto casi por completo por su capa.

Se detuvo junto a él y le dio un empujón con la punta de su bota. Por un instante volvió a ver a la rodiana que se había suicidado. La ira regresó, haciendo que Beck empujara con más fuerza para voltear al humano.

—He esperado esto por mucho tiempo, Ematt —dijo Beck.

Pero el hombre que estaba viendo no era Ematt.

Lo analizó. El revoltijo de equipo militar usado y armadura corporal eran reconocibles de la época de los soldados clones y de imitación mandaloriana. Su mano había soltado su arma, pero el ojo cibernético la reconoció como una Merr-Sonn 4 esquemática-a, usada generalmente por la policía, debido a su habilidad para alternar entre un bláster automático y un aturdidor semiautomático. El mango de un vibrocuchillo colgaba de su cinturón y una segunda arma, una BlasTech HSB-200 de resistencia, hasta donde podía ver, estaba enfundada debajo del brazo, aparte de tres granadas en el cinturón, de las cuales dos eran aturdidoras.

Beck se puso en cuclillas, sujetó al hombre del cuello y lo revisó con la mano que tenía libre. Tenía una bolsa antisensores debajo de la camisa. La desprendió del cordón, tiró al hombre en el piso, abrió la bolsa y vació su contenido en la palma de su mano. Créditos, una impresión holográfica, una tarjeta de identificación. Beck examinó la tarjeta, la tiró al piso y caminó de vuelta hacia los soldados.

—Cazarrecompensas —afirmó, pronunciando la palabra como si fuera tóxica—. Son cazarrecompensas, no rebeldes.

Se detuvo y observó el ahora reavivado pasillo.

—¿Y los otros dos? El humano y el wookiee, ¿adónde se fueron?

—No los veo. Debieron haber corrido cuando comenzamos el ataque —informó TX-828, el sargento.

—Nos engañaron —dijo Beck, sintiendo la furia correr por su columna vertebral e intentando controlarla—. Nos engañaron. Esos dos eran los rebeldes. Vinieron a rescatar a Ematt, le apuesto lo que sea.

Detrás de ella escuchó al droide levantándose. Este emitió un zumbido seguido de varios clics, y después habló:

—Esta es la unidad designada «Cautivador». Esta unidad tiene una certificación imperial autorizada para cazar recompensas. Usted ha interferido con esta unidad y sus compañeros.

Beck se acercó a él.

—Si tienes alguna queja, droide, preséntala al sindicato.

—La oficial imperial no entiende —respondió el droide. Dentro de su cabeza empezó a sonar un silbido y luego un zumbido que, pensó Beck, parecía diseñado para molestar—. Los individuos no son rebeldes. Los individuos son contrabandistas. La designación del

humano es Solo, Han. La designación del wookiee es Chewbacca. La recompensa por su captura es… significativa.

—Captura.

—Es más significativa si son capturados vivos.

Beck miró al droide, luego a sus compañeros, el kubaz, el gran y el humano, que ya estaban en diferentes etapas de la recuperación de su conciencia. Beck se percató de que el gran estaba herido, pero no parecía nada grave.

—Cautivador —lo llamó Beck—. Hablemos.

—Esta unidad opera bajo una programación autoactualizable —afirmó Cautivador, dándole una vuelta de trescientos sesenta grados a su torso, mientras mantenía inmóviles su cabeza y piernas. Sus ojos, o lo que pasaba por sus ojos, parpadeó con colores entre el amarillo y el blanco. Beck sentía como si la maquina la observara—. Esta unidad tiene una directriz de automejora. Esta unidad ha adquirido las programaciones y modificaciones necesarias para hacerla el cazarrecompensas más eficiente de la galaxia.

—También una modificación en el ego, al parecer —juzgó Beck.

—Esta unidad no tiene ego. Esta unidad se basa en hechos.

—¿Entonces estás diciendo que puedes rastrear a esos dos, a Solo y al wookiee?

—Eso es correcto.

Beck observó al resto de los compañeros de Cautivador. Ahora que se habían recuperado, no sabía qué hacer con ellos. El kubaz, con su larga trompa colgando fuera de su capucha, le susurraba algo al humano y al gran. Ninguno había dejado de mirar a Beck desde que había comenzado la conversación. El droide era el líder del equipo, y sabiendo lo que sabía sobre cazarrecompensas y sobre cómo trabajaban, Beck supo que había algo de verdad en lo que Cautivador le dijo.

Le había ordenado al grupo que entrara a uno de los pequeños establecimientos que había a lo largo del pasillo para tener algo de privacidad; para esto, le ordenó al sargento que sacara a todos de ahí. El establecimiento era un pequeño restaurante de comida rápida especial para alienígenas, que tenía un fuerte olor a grasa y a especias de mundos de los que Beck jamás había oído y que mucho menos había visitado. El propietario humano los miraba con recelo desde un rincón del local, custodiado por dos soldados de asalto.

—¿Puedes identificar su nave? —le preguntó Beck al droide.

—Afirmativo.

—¿Sabes dónde está?

—Negativo —contestó Cautivador, después cliqueó y algunas luces en su torso se encendieron—. Pero sería sencillo para mí y mis compañeros localizarlo.

—Dame una descripción de la nave —pidió Beck—. Su nombre, su verdadero nombre, no el alias que utilizaron para aterrizar.

Los cazarrecompensas, alineados detrás de Cautivador, parecieron incomodarse e intercambiaron miradas.

—No se puede responder —negó Cautivador.

—No sólo puedes responder, vas a responder —dijo Beck—, o tu siguiente trabajo será en Kessel y tus amigos se encontrarán haciendo labores forzadas en alguna colonia penal imperial. El nombre y la descripción. Ahora.

Otra luz se encendió en el torso del androide, seguida de un leve chirrido hidráulico cuando giró su cabeza ciento ochenta grados para mirar a sus compañeros. El movimiento, según Beck, era únicamente demostrativo; Cautivador tenía casi una docena de cámaras y lentes en su cabeza, seguramente el droide podía ver en todas direcciones al mismo tiempo, así como analizar y procesar la información de su entorno inmediatamente. Sólo quería ganar tiempo.

—Sargento —llamó Beck—, deténgalos bajo el cargo de obstrucción de la ley y sospecha de ayudar y ser cómplice de terroristas.

—Sí, señora —obedeció el sargento, haciéndole señas al resto del escuadrón.

—Espera —dijo Cautivador. Su cabeza giró de regreso hacia ella—. Somos leales al Imperio. Obedeceremos.

El sargento miró a Beck, y ella asintió muy ligeramente con la cabeza. El sargento le indicó al escuadrón que retrocediera.

—Estoy esperando.

—La nave es una fragata ligera KLT-Kuat —informó Cautivador—. La nave se llama *Roundabout Right*.

—¿Algo más? —preguntó Beck sonriendo.

—La nave es identificable por la representación de un ángel espacial pintada en el casco.

Beck miró fijamente los sensores visuales del droide. Los cazarrecompensas se movieron incómodamente, y vio al kubaz acercando su mano al bláster que tenía enfundado en la cintura.

—Tú y tus compañeros se pueden ir —les dijo Beck.

El droide zumbó y los cazarrecompensas detrás de él se relajaron. La mano del kubaz se alejó de su bláster.

—Larga vida al Emperador —vitoreó Cautivador. Luego dio media vuelta y salió del pequeño restaurante, seguido de los cazarrecompensas.

El sargento esperó hasta que se cerrara la puerta antes de hablar y decir:

—Señora, creo que estaban mintiendo.

—Sé que estaban mintiendo —contestó Beck, mirando al dueño del restaurante. Era de la estatura indicada, aunque estaba un poco pasado de peso, pero serviría—. El *Vehement* no registró el aterrizaje de ninguna KLT desde que llegaron. Nosotros buscamos una YT-1300. Oye, tú, el Imperio necesita tu ropa.

El propietario abrió la boca para negarse, pero luego recordó a los dos soldados de asalto custodiándolo. Así que se quitó el delantal y comenzó a quitarse la túnica.

—Quítate la armadura y ponte su ropa —le ordenó Beck al sargento—. Toma un comunicador y síguelos. Mantente en contacto.

—Sí, señora —respondió el sargento. A Beck le sonó como si estuviera sonriendo detrás de ese casco.

—Yo me llevaré al resto del escuadrón y localizaremos su nave. Con suerte los emboscaremos en cuanto intenten abordarla —planeó Beck. Luego miró al propietario, quien ahora se encontraba en ropa interior, y tomó el montón de ropa que le ofrecía uno de los soldados de asalto. Ella puso la ropa sobre una mesa. El sargento ya se había quitado el casco y los guantes, ahora desabrochaba los seguros de su pechera. Era mayor de lo que Beck sospechaba, quizá de unos cuarenta años; la cabellera negra empezaba a teñirse de gris. Algo sorprendida, Beck se dio cuenta de que era un clon, probablemente uno de los pocos que seguían en servicio y que seguían el modelo de los clones originales de Kamino. Eso confirmó sus sospechas. Quedaban muy pocos de su tipo. De hecho, Beck no recordaba haber trabajado con alguno antes.

—TX-828 —lo llamó Beck.

—¿Sí, señora? —contestó el sargento, que ya se había quitado la armadura y estaba poniéndose la camisa. Su voz sonaba extraña sin la modulación de su casco.

—¿Cómo le dicen?

—¿Disculpe? —Se fajó la camisa y tomó el comunicador que le dio uno de los soldados.

—Tiene un apodo. En la barraca. ¿Cómo le dicen?

—Torrent, señora.

—Ese será el nombre clave que usará. —Beck se arrodilló y desabrochó la funda que usaba en su bota derecha; luego se levantó y puso la funda con un arma en la mano de Torrent—. Por el Imperio.

—Por el Imperio, señora.

Lo vio salir del restaurante, revisar la calle y desaparecer entre el alboroto, moviéndose rápidamente para alcanzar a Cautivador y al resto de los cazarrecompensas. Luego miró a uno de los soldados que recogía las cosas de Torrent y le dijo:

—Encontremos esa nave.

CAPÍTULO 7
MEDIDAS DESESPERADAS, MEDIDAS COMPLETAS

DELIA LEIGHTON RECONOCÍA los problemas cuando los veía. Esa era una habilidad necesaria para la capitana de una nave, y probablemente aún más para una cantinera.

Y en ese instante los reconoció, en la rampa de cargamento, en la forma de cuatro individuos: un droide y tres humanoides que discutían con su compañero, copiloto y cadenero, Curtis. Delia llevó su mano debajo de la barra, junto al lavabo, y sujetó el mango del rifle bláster Scattermaster con cañón recortado que guardaba ahí.

—Déjalos pasar, Curtis —le pidió.

El shistavanen le dirigió una mirada de descontento, alzando los labios a lo largo de su hocico y mostrando sus dientes. Delia sonrió. Sonreía siempre que podía, era un truco que aprendió antes de adquirir la nave, cuando trabajó como mesera en una cantina de Lothal. Esa fue una clientela difícil: piratas, contrabandistas y todas las especies posibles de la galaxia fueron atendidos por ella en algún momento, incluyendo a un viejo duro que siempre bebía solo en un rincón y le contaba historias cuando las cosas estaban tranquilas. Había aprendido a sonreír, a actuar amigablemente, a pasar horas parada… y a lidiar con los problemas, a saber cuándo era el momento de defenderse, el momento para esconderse detrás de una mesa y el momento para correr.

Miss Fortune había sido la nave de ese duro, y él se la heredó, cosa que sorprendió a Delia. El nombre original en durés se traducía a «serendipia», pero como a Delia le costaba trabajo pronunciar el durés y los demás ni siquiera lo intentaban, la rebautizó. La recién estrenada capitana, y aún cantinera, combinó sus dos profesiones, lo que le permitía viajar y conocer gente. Curtis se unió a ella desde el principio. Él mostraba más simpatía que sentido común cuando se trataba de la Rebelión contra el Imperio. Curtis había convencido a Delia de permitir a las células rebeldes usar el *Miss Fortune* para mandar mensajes.

El grupo subió por la rampa, el droide los guiaba. Tenían sus armas en la mano, pero no le apuntaban a nadie. Los pocos clientes que había en las mesas levantaban sus tragos y se apartaban de su camino. La WA-7, Bobbie, giró en su lugar, con la charola perfectamente equilibrada en su brazo, y los dejó pasar.

—¿Les sirvo un trago, muchachos? —preguntó Bobbie, su modulador de voz brillaba al hablar.

Los cuatro la ignoraron y se acercaron a la barra.

—Me temo que no tenemos el equipo para servirle a droides —informó Delia, aún sonriendo.

El droide rotó su cabeza, luego su torso, lo hizo dos veces para verificar el bar. Uno de sus sensores ópticos se encendió, brillaba con un color azul, y un instante después un rayo del mismo color escaneó a Delia de pies a cabeza.

—Eso no es muy cortés que digamos —dijo Delia, sin borrar la sonrisa de su rostro.

—Un wookiee estuvo aquí —afirmó el droide—. El análisis de la atmósfera local indica rastros de caspa. El análisis óptico detecta la presencia de tres pelos de wookiee en tu ropa. Tuviste contacto con él.

Delia sujetó más firmemente el mango de su rifle debajo de la barra, pero siguió sonriendo.

—¿Quién quiere saberlo? —preguntó ella.

—El wookiee viajaba con un humano, un corelliano, designado Solo, Han. Verifique.

—¿Quién quiere saberlo? —insistió Delia.

Los sujetos alzaron sus armas rápidamente y, de un momento a otro, Delia estaba mirando el lado menos conveniente de cinco armas bláster. El gran, a la derecha del droide, golpeó la barra con un puño.

—¡Nosotros!

—Si su mano está sujetando un arma, señorita, le recomendaría que la soltara y diera un paso atrás —sugirió el humano.

—Verifique —repitió el droide.

Curtis se había apartado de la rampa y se acercaba lenta y cuidadosamente hacia el grupo. Delia intentó llamar su atención para decirle que se alejara, pero él no la vio o no le hizo caso. De su cinturón tomó su vara de *shocks*, la misma que usaba cuando los clientes se salían de control, y acercó su pulgar al botón de ignición. La vara se extendió en ambas direcciones en un instante, y un brillo de energía brotó de cada extremo.

El torso del droide giró. Delia se movió para levantar su rifle, pero el gran y el humano saltaron hacia ella y la sujetaron de un brazo cada uno. Curtis apenas pudo dar un paso y alzó la vara para golpear al droide, pero en ese momento se escuchó un disparo.

Delia perdió su sonrisa.

—¡No!

Curtis cayó al piso con fuerza, gruñendo. Intentó levantarse, pero el droide le disparó otra vez. Esta vez el disparo le arrancó la vara de la pata, mientras Delia lo miraba caer, sus brazos sujetados por el gran y el humano.

—Sujétalo —ordenó el droide.

El último de los cuatro, el kubaz, se agachó y levantó a Curtis bruscamente, poniendo un brazo alrededor del cuello del shistavanen.

—Pon tu bláster en su cabeza —dijo Cautivador.

El kubaz miró al droide y balbuceó una respuesta.

—Si no completamos esta misión a tiempo, tendremos complicaciones posteriores —contestó el droide, dirigiendo sus ópticos primarios al kubaz—. No queremos competir con Boba Fett.

El kubaz convino con otro balbuceo y colocó su bláster junto a la mandíbula de Curtis.

—Mi colega matará al shistavanen si no verifica. —El torso del droide giró una vez más para apuntarle a Delia de nuevo—. Verifique.

—Estuvieron aquí —aceptó Delia—. ¡Déjenlo ir!

—Insuficiente. Tiempo hasta el presente.

—No mucho, menos de una hora —contestó mirando al kubaz presionando el cañón de su bláster al costado del cuello de Curtis, apretando su pelaje—. Por favor, suéltenlo.

—¿Dónde están ahora?

Delia dudó un momento. Curtis chilló suavemente y abrió más los ojos. La miraba.

—Fueron a la ciudad —dijo Delia—. Iban a comprar una cosas.

El droide zumbó como si hablara consigo mismo, y luego dijo en voz alta:

—Esta unidad está equipada con un sensor biomédico y un analizador de voz que detectará cualquier falsedad. Estás mintiendo.

—No estoy mintiendo, estoy…

El droide giró su cabeza para dirigirse al kubaz, como si lo estuviera viendo.

—En cinco segundos mata al shistavanen.

Delia forcejeó con los brazos que la sujetaban, su corazón se aceleraba por el pánico.

—¡No! ¡No! ¡Les diré la verdad!

—Cuatro segundos.

—Por favor…

—Tres.

—Por favor, escucha…

—Dos.

—¡Fueron a ver a alguien! —exclamó, la desesperación la hizo gritar—. ¡Tenían que encontrarse con alguien!

La cabeza del droide giró para mirarla y preguntar.

—Ubicación.

Delia sentía que quería llorar; de pronto, sintió un dolor detrás de sus ojos. Se retorcía entre los brazos que la sostenían. Curtis la miraba, sus ojos amarillos bien abiertos, rogándole que no traicionara a los rebeldes.

No tenía opción.

Les dijo todo.

CAPÍTULO 8
APROBADO POR LA REBELIÓN, IMPULSADO POR EL WOOKIEE

PARA HAN SOLO lo único que diferenciaba a Motok de las otras miles de ciudades en el Borde Exterior que había visitado en algún momento era que tenía un domo. Y ni siquiera eso era tan extraordinario. Sólo era otra ciudad fundada por colonizadores que habían salido de los Planetas del Núcleo en busca de aventuras y de una mejor vida. La ciudad creció, floreció, tuvo tiempos difíciles, construyó un domo, y la vida siguió. Había gente en Motok que había nacido, vivido y probablemente moriría sin jamás salir del domo, sin conocer la sensación del aire fresco o de un clima natural, de la lluvia, o de la nieve, o del calor abrasador de un planeta desértico. Han sentía lástima por ellos. La galaxia era un lugar enorme, y el universo lo era aun más; le parecía un desperdicio de vida no hacer el intento por probar, al menos, algún festín foráneo.

Rentaron un deslizador en el puerto, uno de los nuevos V-40. A Chewie no le gustó la decisión, principalmente porque el vehículo no había sido diseñado para wookiees. De hecho, era demasiado llamativo: un convertible color plata con alerones negros; pero Han no lo había escogido por su apariencia: era rápido, y él sabía que los imperiales empezarían a perseguirlos pronto, si no es que ya lo estaban haciendo. La velocidad era una aliada crucial, como lo había sido tantas veces para él. No había sido barato, pero tenían créditos para gastar y, de cualquier manera, se lo cobraría después a Su Alteza Molestísima y a la Alianza Rebelde, cuando llegaran al punto de reunión.

Han programó la computadora interna de navegación para llegar a un lugar cerca de la ubicación que les había dado Delia. Seguía algo molesto por la renuencia que mostró para creer que alguien como él estaba trabajando con los rebeldes; luego se preguntó por qué le importaba lo que Delia pensara de él. Le irritaba un poco más que había esperado a que Chewie lo confirmara, porque su palabra no era suficiente. Sí, hubo ocasiones en las que Solo mintió, ocasiones en las que engañó, ocasiones en las que dejó las cosas a la suerte… Pero jamás con sus amigos.

—Soy un sujeto confiable —le dijo a Chewbacca de la nada—. Digo, tú confías en mí, ¿cierto?

El wookiee se reacomodó en su asiento, tenía las rodillas casi pegadas a la barbilla y seguía intentando sentirse cómodo. Luego contestó con una serie de gruñidos graves que terminaron con un ladrido.

—Eso es diferente —respondió Han—. Tú sabes que es diferente. Cuando se trata de sujetos como Jabba, tienes que ser desconfiado. Esos tipos siempre están buscando la manera de aprovecharse de uno. Se trata de hacérselo a ellos antes de que nos lo hagan a nosotros.

Chewbacca gruñó y luego ladró suavemente.

—Mencióname una vez, una sola.

El wookiee gruñó y parecía que hablaba. Después de unos treinta segundos, Han lo interrumpió.

—Ya expresaste tu punto de vista.

Chewie rio.

—Regresamos a ayudar al muchacho.

Chewie bufó.

—No sólo fue por la recompensa.

El wookiee bufó de nuevo.

—La princesa confió en mí lo suficiente como para pedirnos que hiciéramos esto.

Chewie peinó el pelaje de sus rodillas, miró a Solo y luego gruñó.

—Está bien, confió en los dos. Pero también Delia.

Chewie sacudió la cabeza y gruñó gentilmente. Han llevó el deslizador fuera del camino principal hacia una calle angosta. Ahí, los edificios se hacían cada vez más pequeños, el vecindario era claramente más pobre, el alumbrado era defectuoso y había menos peatones.

—Sí —dijo Han, más para sí mismo que para su amigo—. Sí, confían en ti, no en mí… tienes razón.

La computadora de navegación timbró y Solo detuvo el deslizador; luego lo estacionó a la vuelta del domicilio que les había dado Delia. Él y Chewie se tomaron un momento para revisar la calle y verificar que estuviera vacía. A excepción de un droide de servicio municipal que libraba una lucha perdida contra la basura tirada en la calle, estaban solos. Han se levantó y bajó del deslizador de un salto. A Chewie le tomó más tiempo y no dejaba de gruñir mientras lo hacía.

—Deja de quejarte —reclamó Han—. La próxima escojo algo más grande, ¿está bien?

Dieron la vuelta a la cuadra y caminaron por la acera. Un letrero delante de ellos parpadeaba, debido a un cableado defectuoso, y anunciaba alternadamente que había y que no había habitaciones disponibles, dependiendo de la falla de los circuitos. Las puertas del hotel se abrieron cuando se acercaron; una de ellas se atoró, obligando a Chewbacca no sólo a que se agachara, sino también a que entrara de lado. Han llegó primero al *lobby*, ignorando al droide recepcionista detrás del mostrador. No era el hotel más barato que Han había visitado, aunque tampoco se lo recomendaría a sus amigos. Un anciano humano dormía en una banca junto a los elevadores, pero despertó lo suficiente como para bostezar y mirarlos mientras esperaban a que llegara un ascensor.

—Tu amigo necesita una afeitada —afirmó el viejo.

—Nunca había escuchado esa. —Han metió la mano a su bolsillo, sacó un par de créditos y se los dio al hombre—. ¿Quieres ganarte una propina?

—Depende de qué tenga que hacer.

—Si ves que entra alguien que parece que no pertenece a aquí, activa la alarma ambiental. ¿Harías eso por mí?

—¿Te refieres a alguien aparte de él? —preguntó el viejo señalando a Chewbacca.

—Sabes a lo que me refiero.

El viejo vio los créditos en la mano de Solo y aceptó:

—Sí, puedo hacer eso.

—Eres un orgullo para nuestra especie —lo felicitó Han.

Salieron del elevador a un pasillo mal iluminado; había un fuerte olor a comida vieja y a sudor en el aire. Chewie aflojó la cinta de su ballesta y la puso en sus manos, inspeccionando ambas direcciones, mientras Han avanzaba y leía los números en las puertas. La mano derecha de Solo se posó sobre la funda de su bláster y la desabrochó. El wookiee emitió un ladrido casi inaudible.

—Sí, amigo —contestó Han—, yo también.

Llegaron a la puerta de la habitación que Dalia les había dicho. Tenía un timbre, pero Han lo ignoró; Delia le había dicho que tocara la puerta. Han golpeó debajo de la mirilla.

—Vengo a recoger algo —informó Han—. Un paquete de Alderaan.

Silencio. Detrás de él, sólo podía sentir a Chewie revisando el pasillo, cubriéndole la espalda.

—Recuerdo Alderaan —respondió una voz al otro lado de la puerta.

—No se olvida —contestó Solo.

Las puertas magnéticas retiraron el seguro haciendo un sonido seco.

—Entren —pidió la voz.

Han miró a Chewie, y luego pulsó el botón para abrir la puerta en el panel de control sobre el timbre; esta se abrió inmediatamente, dejando ver un cuarto más angosto que el pasillo y peor iluminado. Una sola luz, empotrada en la pared izquierda, parpadeó, y después, por un momento, irradió bien la luz. Han alcanzó a ver a un hombre con vestimenta de refugiado: su túnica y su poncho tenían rasguños; parecía estar a la mitad de sus veinte, cuando mucho, y tenía el aspecto de alguien que vive invadido por la sospecha, la fatiga y la preocupación. Sus manos estaban ocultas detrás de su poncho, pero Han sabía a la perfección lo que sostenían.

—Cierra —dijo el hombre.

Han se adentró lo suficiente en la habitación para que Chewie entrara tras él. La puerta se cerró con un chirrido. Una luz en el techo se encendió, haciendo que todo tuviera un brillo blanco azulado.

—¿Quién eres?

—Han Solo, capitán del *Halcón Milenario* —se presentó Han; luego señaló con el pulgar a Chewbacca, que se asomaba sobre su hombro—. Él es mi compañero, Chewbacca.

El hombre los miró; luego sacó sus manos del poncho, vacías.

—Ematt. ¿Eres mi boleto de salida?

—Somos tu boleto de salida, y entre más pronto salgamos, mejor.

—No me opongo.

Las luces cambiaron repentinamente a una tonalidad roja y empezaron a parpadear. Un instante después, una alarma comenzó a sonar. Ematt metió una mano debajo del poncho y la sacó con una carabina bláster con el cañón recortado, seguramente para esconderla con mayor facilidad. Miró a Han y a Chewbacca con recelo.

—¿Trajiste al Imperio contigo?

—No fue a propósito —juró Han, dando la vuelta y desenfundando su pistola. Chewie abrió la puerta y se asomó con su ballesta lista, luego le gruñó a Solo.

—Chewie dice que está libre. Debemos irnos.

—Hay unas escaleras al final del pasillo —recordó Ematt—; son más seguras que el elevador.

—Ya lo escuchaste —dijo Solo.

Chewie iba a la delantera; daba unas zancadas tan largas que Han y Ematt tuvieron que correr para seguirle el paso. Llegaron a la puerta de las escaleras y el wookiee presionó el panel, pero la puerta no se abrió. Lo presionó de nuevo, pero sólo obtuvo un sonido quejumbroso como respuesta. En la pantalla sobre el panel, Han leyó las palabras «BLOQUEO DE EMERGENCIA».

—Emergencia ambiental —murmuró Han. El edificio se había sellado.

—Elevador.

—¡Ábrelo! —le pidió Han a Chewbacca, luego volteó a ver hacia el elevador y puso su espalda contra el muro. Ematt hizo lo mismo al otro lado del pasillo y levantó su carabina. Detrás de ellos se escuchó el metal desgarrándose cuando Chewie arrancó el panel de acceso de la puerta y comenzó a jalonear cables.

—¡No lo eches a andar! ¡Ábrelo!

Chewie bufó y Han consideró que era mejor no contestar, sobre todo porque en ese momento se abrieron las puertas del elevador y de ahí salió el mismo droide del puerto. Giró, se plantó firmemente y levantó sus dos armas.

Han podía ver de reojo a Ematt fulminándolo con la mirada.

—Lo bueno de todo esto —señaló Han— es que no son imperiales.

—¿Entonces quiénes son? —preguntó Ematt.

—Cazarrecompensas.

El droide abrió fuego, destruyendo pedazos de pared sobre la cabeza de Han.

—¿Cazarrecompensas? —Ematt no daba crédito—. ¿Dejaste que te siguieran unos cazarrecompensas?

—¡Yo no dejé que hicieran nada! —contestó Han disparando dos veces. Ambos disparos dieron en el blanco, pero ninguno pareció hacerle algo al droide, pues este inmediatamente respondió el fuego—. ¡Delia nos delató! ¡No fue mi culpa!

Detrás de él, Chewie rugió furioso y Han se dio la vuelta. El wookiee se cansó de intentar arreglar el panel y ahora tenía las manos metidas en la abertura de las puertas de la escalera. Rugió de nuevo, más fuerte, y la puerta se rompió haciendo un gratificante sonido de metal desgarrándose. Chewie los miró satisfecho.

—Sí, eres muy fuerte; ¡vámonos! —Han le hizo señas a Ematt—. ¡Vámonos!

Ematt disparó rápidamente tres veces más y Han continuó con otros cuatro tiros. De un salto, Ematt atravesó la puerta y Chewie lo siguió. Han disparó una vez más y los siguió hacia las escaleras. De alguna manera, Chewie estaba al frente de nuevo, saltando de descanso en descanso con su ballesta en el puño. Ematt bajó las escaleras detrás de él y Han iba a la retaguardia, revisando que no los siguieran. Por unos cuantos segundos no hubo nada más que el ruido que hacían ellos bajando tan rápido como podían, pero de pronto una descarga de bláster chocó contra el concreto a un mísero centímetro del pie izquierdo de Han. Este respondió al fuego sin apuntar.

El sonido de un rugido wookiee llenó las escaleras e hizo eco, lo que atrajo la mirada de Han más allá de donde se encontraba Ematt. Chewie llegó al final de las escaleras. El cazarrecompensas kubaz previó la ruta de escape e intentó cortarles el paso. Han hizo a un lado a Ematt y levantó su bláster, intentando apuntar, pero el ángulo era horrible, y Chewie estaba demasiado cerca del kubaz como para arriesgarse. El wookiee rugió una vez más y con una mano levantó al kubaz del cuello de la camisa y lo estrelló contra el muro, después lo lanzó a través de las puertas, ahora abiertas, del *lobby*.

—Ok —aceptó Ematt—, es fuerte.

—Muévete —le indicó Han.

Salieron al *lobby*; el viejo seguía en la banca.

—Hice lo que me pediste —explicó extendiendo una mano.

Han le lanzó unos créditos y corrió por el *lobby* con Ematt a su lado. Ahora Chewie iba detrás de ellos y Han escuchó el característico sonido de la ballesta disparando, así como el sonido grave del disparo chocando contra el muro. Unos sonidos más agudos de disparos los siguieron a la calle. Han se dirigió hacia donde habían dejado el deslizador, pero percibió movimientos a su derecha. El humano se había ubicado detrás de lo que a Han le pareció un deslizador de los cazarrecompensas. Han estiró una mano para sujetar el poncho de Ematt y tirarlo al suelo. El disparo del humano silbó sobre sus cabezas y astilló la fachada del hotel.

—No son disparos aturdidores —observó Solo. Luego, con una voz indignada, continuó—: ¡Intentan asesinarnos!

El wookiee se agachó para levantar a Han y que él, a su vez, levantara a Ematt.

—¡Vivos! —gritó Han—. ¡Valemos más vivos!

—Menos charla y más escape —pidió Ematt.

Estaban en la esquina, dando la vuelta, cuando otro disparo pasó a milímetros del hombro de Han. Había una motorrelámpago estacionada a casi diez metros de donde Han dejó el deslizador, pero no estaba ahí antes, por lo que casi se estrella contra ella. La saltó y siguió corriendo hacia el V-40. Han se metió al asiento del piloto, Ematt saltó al del copiloto, y el vehículo se sacudió cuando Chewie se lanzó al asiento trasero. Han encendió los propulsores, aceleró a fondo y tomó los controles. El deslizador se lanzó hacia delante y dio un giro de ciento ochenta grados. El humano, que ahora estaba delante de ellos, alzó su rifle a la altura de su hombro. El arma tenía una mira y Solo juraba que

podía sentirla sobre él, podía sentirla entre sus ojos. El deslizador aceleró, lanzándose hacía el hombre.

Han se dio cuenta de que estaba a punto de disparar. No había nada que pudiera hacer, no podía mover el deslizador en ninguna dirección. El humano podía darlo por muerto.

A su lado, Ematt se arrodilló en su asiento, levantó su carabina a la altura del hombro y disparó. Han estaba seguro de que había fallado, pero el humano se tambaleó y cayó, y su disparo salió en otra dirección. El deslizador aceleró para tomar la curva y luego en dirección al hotel. Pasaron por la entrada cuando el gran y el droide salieron de ahí. Chewie disparó; el disparo de la ballesta explotó sobre las cabezas de los cazarrecompensas; luego se agachó para esquivar los disparos de estos. Han vio al gran caer cubierto de escombros. El droide disparó sin apuntar; uno de los disparos golpeó la cola del deslizador. El vehículo se sacudió y Han dio un volantazo para mantenerlo bajo control.

—Espero que tengas un plan —comentó Ematt.

—Sí, tenemos un plan —respondió Han—: vamos al puerto, subimos a nuestra nave, nos vamos. Ese es el plan. Es un buen plan.

—No es un plan muy bueno.

—Puedo regresarte a tu hotel, si prefieres —contestó Han.

—No, gracias. Intentemos con tu plan.

Han llevó el deslizador al camino principal a toda velocidad. Los edificios y demás vehículos se veían borrosos. Volteó hacia la luna trasera una vez más y suspiró. Chewbacca estaba recargando.

—Nos delató —afirmó Han.

El wookiee bufó enojado.

—¿Entonces cómo nos encontraron? —preguntó Han.

—Se me ocurren varias maneras —comentó Ematt, acomodándose bien en su asiento—. La traición no es la única opción.

—Sí, bueno, es a la que estoy acostumbrado.

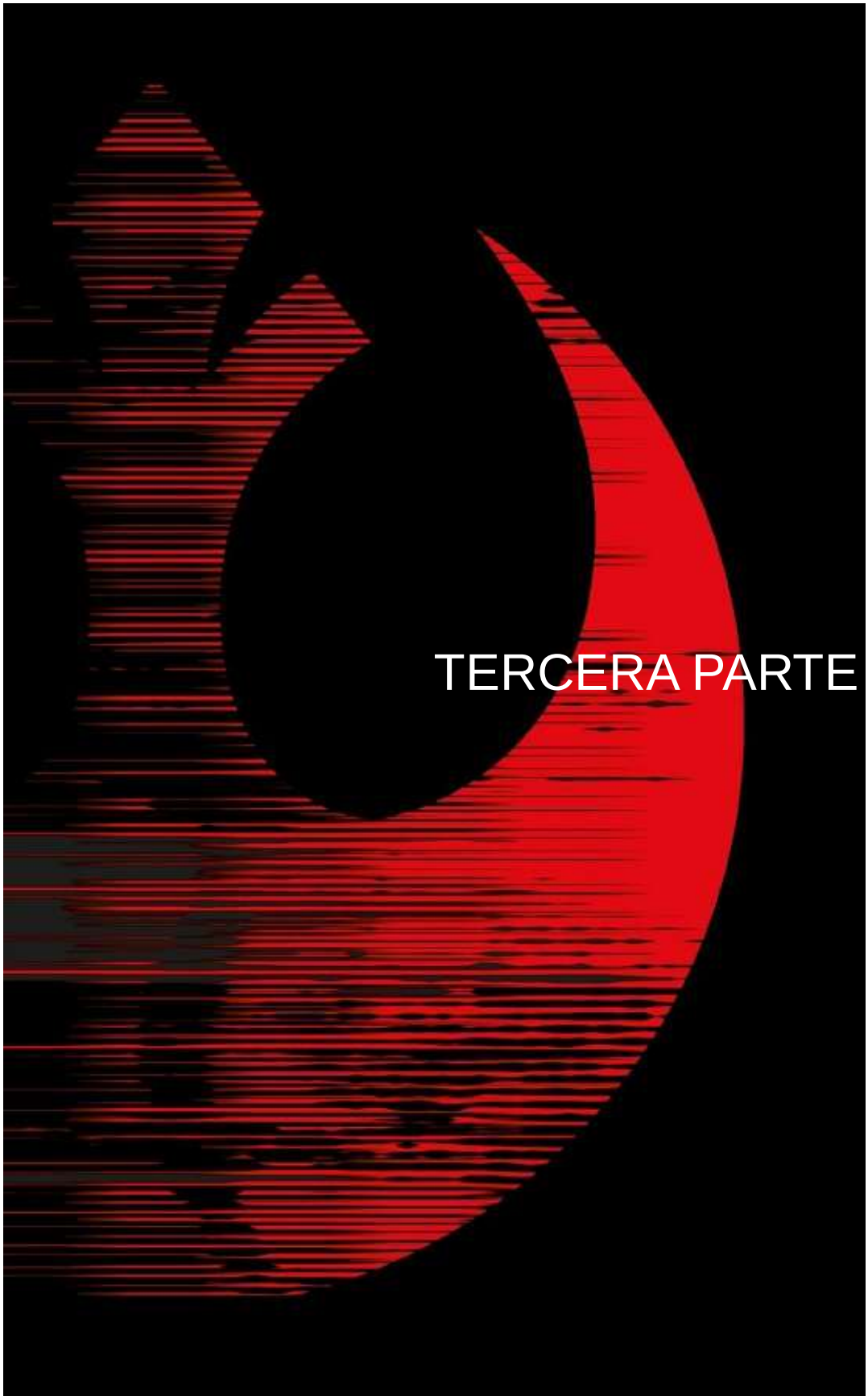
—Entonces, siento pena por ti. La confianza es tan preciosa como escasa, pero sólo la consigues cuando la das.

Ematt comenzaba a sonar como el viejo.

—La confianza no se da, se gana —afirmó Han—. Así como la amistad.

—Debes ser una persona muy solitaria —observó Ematt.

Han no respondió.


TERCERA PARTE

CAPÍTULO 9
SIN ERRORES, SIN ESCAPATORIA

—ESA ES LA nave —dijo Beck.

—Sí, señora. —El soldado de asalto que estaba junto a ella, un cabo que comandaba en lugar de Torrent, parecía dubitativo, incluso a través de los altavoces del casco—. No parece gran cosa, señora.

Beck asintió levemente. La nave era una YT-1300, tal como el capitán Hove lo había reportado. En su opinión, a la nave no le había ido muy bien desde su salida de la línea de ensamblaje de Ingeniería Corelliana, años atrás. Era obvio que la pintura no era una prioridad para los dueños, y las innumerables abolladuras y raspones a lo largo del casco hacían que la nave pareciera objeto, más que de uso, de abuso.

Otro soldado del escuadrón se acercó a la nave, la apuntó con un escáner y tomó una rápida lectura de proa a popa.

—Se ha modificado el transpondedor IFF. También emite mucho ruido, lo que me impide conocer su identidad real. Se identifica como *Lost and Found*.

—Registre la silueta y mándela al *Vehement* —ordenó Beck—. Quiero la identidad real.

—Sí, señora.

Beck tomó su comunicador y lo encendió:

—Sargento, aquí Beck. Encontramos la nave. Repórtese.

Un momento de estática, luego la voz de Torrent, extrañamente suave por la ausencia de su casco, incluso a través del comunicador. Beck podía escuchar el sonido de un motor y del viento.

—Como lo predijo, comandante: los cazarrecompensas se dirigieron inmediatamente a otro embarcadero y después hacia la ciudad. Conseguí una motorrelámpago para seguirlos. Llegaron a un hotel barato al sureste de Motok, cerca del borde del domo, y entraron al edificio. Me quedé fuera, encubierto, y tenía razón, señora. No pasaron más de tres minutos cuando los dos individuos con los que nos topamos en los pasillos salieron de ahí con un tercer humano, perseguidos por los cazarrecompensas. No pude verificar su identidad, pero estoy seguro de que es Ematt.

—¿Los están persiguiendo?

—Por el momento no, aunque dos de los cazarrecompensas seguramente lo harán.

—¿Sólo dos?

—Tuve que tomar la iniciativa y ejecutar su plan como lo requirió, señora.

—Con discreción, supongo.

—Mucha discreción, señora.

—¿Cuáles?

—El gran y el humano tuvieron que ser neutralizados para que la presa pudiera escapar.

Beck no se molestó en ocultar una sonrisa, aunque intentó disimularla.

—Hágame saber cuando lleguen al puerto.

—Entendido.

Beck hizo una pequeña pausa.

—Muy buen trabajo, sargento.

—Gracias, señora.

Beck guardó su comunicador y luego volteó a ver al soldado con el escáner.

—¿Averiguó algo?

—Está llegando la información, comandante. La nave está identificada como… el *Halcón Milenario*. El dueño del registro es un corelliano buscado por diferentes cargos, desde contrabando hasta usurpación de identidad de un oficial imperial. Su nombre es Han Solo. La nave también tiene un copiloto registrado, un wookiee conocido como Chewbacca.

El soldado le mostró la pantalla del escáner a Beck; ahí se podían ver dos imágenes del archivo: una del humano y otra del wookiee.

—Los dos del pasillo —confirmó Beck—. Excelente. Cabo, quiero a todas las unidades imperiales aquí inmediatamente. Cuando lleguen, coloque dos escuadrones alrededor de la nave y al resto fuera de la bahía, para evitar que escapen. Déjele claro a las unidades que estarán fuera, que deben permanecer ocultas hasta que yo dé la orden. No queremos espantarlos antes de que caigan en nuestra trampa.

El soldado de asalto asintió; su casco se balanceó ligeramente para adelante y para atrás; luego se alejó rápidamente para llamar a los demás escuadrones.

Beck miró la nave unos momentos; luego comenzó a caminar a su alrededor, examinándola por completo. Le desagradaba por cuestión de principios y, por lo mismo, el dueño le desagradaba más. Una nave, según ella, debía reflejar el orgullo de tenerla. Una nave debía estar reluciente. Una nave debía mantenerse en las mejores condiciones. Y esta nave parecía tan descuidada como ella lo había estado de niña. No sentía pena ni lástima por lo que tenía planeado hacerle a sus dueños. Pero a la nave sería mejor incautarla como recuperación imperial y derretirla por completo.

«Le haríamos un favor», pensaba Beck.

Su comunicador emitió un sonido.

—Estamos a cinco minutos —informó Torrent—. Se aproximan rápidamente.

—Entendido. Cuando usted llegue, tome el control de las unidades en el pasillo. Los guiará cuando dé la señal.

—Sí, señora.

Beck terminó su recorrido alrededor de la nave y vio que los refuerzos habían llegado y tomaban las posiciones que ella había ordenado. En total tenía más de cuarenta soldados de asalto en posición y esperando, más que suficientes para lidiar con tres enemigos del Imperio. Beck tomó un momento para indicarle a dos soldados de asalto exactamente dónde los quería, luego le echó otro vistazo a la bahía. Con los soldados de asalto ocultos, todo se veía tal como uno esperaría: rutinario, incluso aburrido. Una puerta

al otro lado de la nave conectaba a la bahía con el pasillo. Se detuvo un momento para analizar la puerta y notó que las luces que estaban sobre la puerta brillaban con un color azul. Eso los delataría: habían dejado la puerta sin seguros; Solo y el wookiee se darían cuenta.

—Soldado. Enciérrenos —ordenó Beck.

—¡Sí, señora!

Beck tomó su posición detrás de uno de los puntales de aterrizaje en la parte de atrás de la nave, donde Solo, su wookiee y Ematt no la verían cuando entraran. Su estómago le dolía levemente por la expectación y la emoción. El soldado en la puerta terminó de trabajar con el panel, y las luces cambiaron de azul a rojo, lo que indicaba que la puerta estaba asegurada.

«Sin errores», pensó Beck. «Esta vez no».

Tres minutos y medio más tarde, el comunicador de Beck sonó. Ella lo tenía en la mano y contestó inmediatamente:

—Aquí Beck.

—Están llegando.

—Pónganse en posición. Fuera. —Volteó a ver a los soldados de asalto para darles instrucciones, levantando un poco la barbilla para proyectar su voz más claramente—. Ajusten todas las armas para aturdir. Los quiero vivos. Repito: los quiero vivos. Uno de ellos es un wookiee, serán necesarios varios tiros para derribarlo. Que nadie dispare hasta que yo lo ordene.

El sonido de los soldados de asalto configurando sus E-11 fue inmediato; se aseguraban de que el bláster estuviera ajustado en el modo para aturdir.

—Ustedes son soldados de asalto —continuó Beck—, son la mejor arma en el arsenal del Emperador. No le fallen. No me fallen.

La voz de Torrent informó por el comunicador:

—Se acercan. Veinte segundos.

—¿Tu estado?

—En posición.

—Espera mis órdenes.

—Sí, señora.

Beck guardó su comunicador, desenfundó su bláster y revisó el ajuste para confirmar el modo aturdidor. Esta vez no habría errores. Esta vez no habría una rodiana dispuesta a morir por la Alianza Rebelde. Esta vez todo saldría de acuerdo con el plan.

Las luces sobre las puertas de la bahía cambiaron de rojo a azul.

Beck levantó la mano que tenía libre y la mantuvo ahí. En toda la bahía se podía sentir la tensión de los soldados de asalto anticipándose, emocionados. Ella también se sentía así, su corazón comenzó a latir más rápido en su pecho. Cerró su ojo y puso el

cibernético en amplio espectro justo cuando la puerta se abrió, para ver a su presa caminar hacia la trampa.

El que había identificado como Solo los guiaba. Era alto e inesperadamente apuesto; usaba botas, pantalón, una camisa blanca que parecía la túnica que se usaba debajo del uniforme de oficial imperial y un chaleco negro. Dio media vuelta al entrar y caminó de espaldas por un instante, hablando con los dos que lo seguían.

—Es rápida —afirmó Solo—. Nunca has estado en algo más rápido. Estaremos bien, lo juro.

El siguiente en entrar fue Ematt, y el flujo de datos en el ojo cibernético de Beck se encendió con alertas y la confirmación de identidad: «BUSCADO POR CRÍMENES CONTRA EL IMPERIO. EXTREMADAMENTE PELIGROSO. ACERCARSE CON PRECAUCIÓN».

Todo lo que Beck ya sabía. Y ahí estaba, a veinte metros de distancia y acercándose. Hizo lo posible para aguantar la respiración.

—Más vale que lo sea —respondió Ematt—, porque parece que necesita una grúa.

El wookiee, que venía a la retaguardia, gruñó una respuesta que hizo eco en el espacio cavernoso. Era pequeño para su especie, pero aun así medía más de dos metros, cubierto de pies a cabeza con un pelaje que iba del rubio al café chocolate, con toques color cobre y dorado, enchinado en algunos lugares, lacio en otros. La ballesta en sus manos lo hacía parecer mucho más imponente.

—Vamos a estar bien —afirmó Solo—. Confía en mí.

Beck bajó su mano, dando la señal para que los soldados de asalto se movieran, y antes de que terminara de dar la orden ya podía escucharlos, verlos, todos moviéndose. Salieron de detrás del equipo de aterrizaje, detrás de los equipos de reabastecimiento de combustible, de cajas de almacenamiento, de grúas para cargamento, de los generadores del escudo magnético que servían como techo de la bahía, manteniendo la salvaje atmósfera de Cyrkon fuera; salieron de las sombras de los muros lejanos, del andamiaje de arriba. Se movían en sincronía casi perfecta, el sonido que hacían era terrorífico y contundente, y la emoción que sintió Beck al salir de su escondite fue lo más cercano a la alegría que se dejaba sentir.

El corelliano, Solo, reaccionó inmediatamente con lo que a Beck le pareció el desenfunde más rápido que había visto jamás. Su mano vacía, luego moviéndose, luego liberando el bláster en su pierna y finalmente subiendo de nuevo. El wookiee y Ematt no eran tan veloces, pero eran rápidos.

Pero ninguno lo suficiente.

Beck ya tenía su bláster apuntando hacia Solo.

—No vale la pena —le dijo Beck.

El corelliano la miró como si fuera a rebatir. Por un momento, Beck pensó que podría dispararle a ella. Ematt y el wookiee dieron la vuelta para dirigirse a la salida, Solo empezó a seguirlos, pero se detuvo cuando Torrent, aún sin armadura pero con su E-11

en las manos, les cortó el paso, con los soldados de asalto a sus espaldas. Entraron a la bahía como si fueran un líquido, rodeando a Solo, a Ematt y al wookiee.

—Se acabó —afirmó Beck.

Solo la miró. Suspiró y enfundó su bláster.

—Sí —aceptó Han Solo—. Parece que sí.

CAPÍTULO 10
UN POCO DE ESPERANZA

CHEWBACCA EMITIÓ un largo y grave quejido, que de ser más fuerte habría parecido un aullido. Era un sonido de desesperación, frustración y culpa. Era un sonido que indicaba que no había buena obra que quedara sin castigo.

Si Han hubiera sido un wookiee habría hecho exactamente el mismo sonido.

Los soldados de asalto que los rodeaban no se movían. Han escuchaba a Chewie detrás de él haciendo otro sonido similar, pero menos ruidoso, más corto y más suave; Han vio de reojo cómo un soldado le quitaba su ballesta, luego le quitó la carabina a Ematt, y finalmente llegó con él. Desenfundó su bláster y lo entregó de mala gana, después le dijo:

—Voy a querer eso de vuelta.

El soldado de asalto no respondió, sólo dio un paso atrás. Un humano, de unos cuarenta años, salió de atrás de ellos y fue con la oficial imperial que era la única que había hablado. Intercambiaron unas cuantas palabras que Han no pudo escuchar, y el humano se quedó a un lado de ella. Había algo extrañamente familiar en el hombre.

La oficial se acercó a ellos bruscamente, su bláster apuntando entre los ojos de Han, pero de tal manera que daba la impresión de que sólo lo hacía como una idea de último momento. Era la misma mujer del pasillo, pero esta vez Han pudo verla mejor. Era casi de su estatura, bonita de una manera que ni la cicatriz ni el terrorífico ojo cibernético podían ocultar. Irradiaba arrogancia y autocomplacencia; eso era evidente en todo lo que hacía, en todo lo que era, en la manera en que se movía y en la manera en que hablaba con una sonrisa en los labios casi imperceptible.

Han pensó que bien podría odiarla únicamente por cuestión de principios.

—Soy la comandante Alecia Beck —se presentó—. Ahora son prisioneros del Buró de Seguridad Imperial. Los superamos en número, en armamento, y no tienen esperanza de que los rescaten. Cualquier resistencia que presenten será reprimida sin miramientos. Digo esto para que les quede claro: no tienen esperanzas.

—Yo tengo un poco de esperanza —contestó Han, únicamente para molestarla.

Funcionó. La mujer se acercó más.

—No —corrigió ella—. Ustedes son terroristas. Son rebeldes…

—No soy un rebelde…

—Y sufrirán el destino reservado para los enemigos del Imperio. Serán interrogados. Serán doblegados. Y serán ejecutados.

—Nunca nos detendrás —afirmó Ematt detrás de Solo.

Han hizo un gran esfuerzo para no poner los ojos en blanco.

La mujer dejó de ver a Solo para mirar a Ematt. Su sonrisa se hizo más amplia.

—Ematt —dijo Beck—, ¿qué se siente saber que tu equipo dio su vida sólo para que terminaras en mis manos? Me imagino que debe ser doloroso.

Ematt dio un paso al frente, quedando a un lado de Han.

—No nos detendrás. No nos doblegaremos. No importa cuánto tiempo nos tome, nunca dejaremos de pelear.

Han observó a Ematt. No fueron sus palabras, al menos no sólo sus palabras, sino cómo las había dicho, su convicción. Era contundente, era temerario y, para Han, quien en ese momento estaba más que preocupado, era sorprendente y admirable. Aún no había encontrado una causa por la cual estuviera dispuesto a morir, aparte de su propio pellejo, Chewbacca y el *Halcón*. No le agradaba el Imperio, principalmente porque no le agradaban los bravucones y, a su manera de ver, eso era en esencia el Imperio Galáctico: un montón de bravucones que devastaban la galaxia. Y una muestra de ello era la oficial imperial que sonreía con desdén mientras miraba a Ematt.

Pero Ematt creía lo que estaba diciendo, creía en lo que estaba haciendo y, no sólo eso, creía que lo que hacía estaba bien y prevalecería.

Había que admirar a alguien con esa convicción, pensó Han. Admirarlos o mantenerte lo más lejos posible de ellos. Pero ya era tarde para eso.

—Nunca —reafirmó Ematt.

La oficial se acercó brusca y repentinamente a Ematt, lo sujetó de la barbilla y lo jaló hacia ella. Al mismo tiempo, un soldado de asalto lo sujetó de los brazos. La sonrisa de Beck desapareció y Han aprovechó la oportunidad para dar un paso atrás y acercarse a Chewbacca.

—Nos dirás todo —afirmó Beck—. Cuando acabe mi trabajo, me rogarás que te deje contármelo todo, Ematt.

Lo soltó, y el soldado de asalto hizo lo mismo. Luego Beck miró al hombre que estaba junto a ella y ordenó:

—Espósenlos. Revísenlos. Quiero que un transporte los lleve al *Vehement* de inmediato.

—Sí, señora.

Chewie inclinó la cabeza y Han sintió el pelaje en su oreja y escuchó al wookiee rugir algo silencioso.

—En eso estoy —respondió Han.

—Silencio —ordenó uno de los soldados de asalto.

—Claro, claro —aceptó Han, analizando la situación, intentando que no se dieran cuenta de lo que hacía. Con cuarenta soldados de asalto o más rodeándolos, estaban atrapados, por mucho que le doliera admitirlo. Si pudiera subir al *Halcón* tendrían más opciones. La nave tenía una armadura militar que podía repeler fácilmente los disparos de las armas pequeñas y mantenerlos a salvo. Eso sin contar las sorpresas que tenía a bordo. Pero eso requería subir a la nave, y Han sabía que Beck no dejaría que eso pasara. No había manera de abordar sin que los hicieran trizas en el proceso.

¿Qué más? La bahía estaba llena de la basura que hay normalmente en lugares así. Cajas de refacciones por doquier, el sistema de reabastecimiento de combustible con sus válvulas de presión y las mangueras —eso podía generar una gran explosión, si lograba

destruirlo de alguna manera— y los generadores del escudo magnético que mantenían la barrera de energía. Han miró hacia arriba y vio el brillante azul de los escudos, el contaminado cielo nocturno de Cyrkon que brillaba de un color café rojizo, el *Miss Fortune* acercándose silenciosamente, el tráfico aéreo sobrevolando, el…

Han parpadeó incrédulo y le dio un codazo a Chewie; con la mirada, le indicó al wookiee que mirara el cielo. El *Miss Fortune* estaba dando la vuelta lentamente, casi flotando. Mientras la veían, una compuerta en la parte inferior de la nave se abrió, mostrando una torreta giratoria que apuntó hacia ellos.

«Se volvió loca», pensó Han.

El soldado de asalto sin armadura, Han había deducido que eso era, estaba revisando a Ematt meticulosamente. Otro soldado estaba junto a él, sosteniendo tres pares de esposas.

Chewie bufó.

—El escudo magnético sigue activo —dijo Han.

Chewie bufó de nuevo. Tenía cierta mirada en sus ojos azules.

—No es mi culpa —respondió Han de mala gana, acercándose aún más al wookiee—. Y no me vuelvas a hablar así.

—Les dije que se callen —repitió el soldado.

—Dile a él que se calle —respondió Han.

Beck los miró, Ematt volteó a verlos también, sus manos estaban a punto de entrar en las esposas.

Chewie se inclinó y gruñó fuertemente, envolviendo a Han con su aliento y diciéndole algo que Han no se atrevería a repetir frente a su madre.

—Escúchame, bola de pelos —respondió Han—, vuelve a decir eso y te arrepentirás.

—Controla a tu wookiee —ordenó Beck.

Chewie gruñó de nuevo, mostrando sus dientes. Lo dijo de nuevo.

—Ya está, ya me cansaste —lo regañó Han y lanzó un golpe hacia la mandíbula de Chewie. Fue un buen golpe, seguramente habría noqueado a alguien más o al menos lo habría tirado.

La cabeza del wookiee apenas se movió. Rugió y levantó ambos brazos. Luego sujetó con toda su fuerza a Han y lo lanzó hacia un soldado de asalto. El primero chocó con otro, y con otro, y con otro más. Las armaduras sonaban al golpear el piso cuando Han aterrizaba sobre ellos. Los soldados de asalto apuntaron sus armas hacia Chewie, pero el wookiee se cubrió con un soldado, sujetándolo del casco y luego lo lanzó hacia otro de sus compañeros.

—¡Dispárenle! —ordenó Beck.

Han seguía encima de uno de los soldados de asalto sobre los que Chewie lo había lanzado, le quitó el bláster de la mano, desactivó el ajuste de aturdir y disparó. Le apuntó al generador más cercano; el disparo hizo que salieran chispas y pedazos de maquinaria. Han disparó de nuevo y el generador explotó en pedazos y fuego. Después se arrodilló y le apuntó al segundo generador, al otro lado de la bahía. Sabía que era un tiro muy difícil,

pero disparó de todas formas. El generador explotó de inmediato, y el escudo magnético que había sobre ellos se desvaneció y fue remplazado inmediatamente por el fuerte viento tóxico y caliente que entró a la bahía. Pequeñas partículas de esmog le lastimaban los ojos y la garganta. Han sintió que empezó a sudar, y el mismo sudor se evaporaba inmediatamente de su piel.

Ahora todos se movían, Chewie rugía. Beck daba vueltas en todas direcciones con su bláster en mano, Ematt y el soldado sin armadura forcejeaban.

—¡Agáchate! —gritó Han y se lanzó hacia Ematt, tacleándolo justo cuando el *Miss Fortune* abrió fuego.

La primera ronda de disparos fue a dar directamente al grupo de soldados de asalto que Han había dejado atrás. Escuchó gritos de dolor, se levantó y arrastró a Ematt con él. Chewie ya estaba a medio camino para subir al *Halcón*, bajando la rampa.

Sus ojos y garganta le ardían por la contaminación, sentía que la atmósfera corroía su piel. El calor aumentaba. El soldado de asalto que se había llevado sus armas estaba tirado en el piso, boca abajo, abatido por el fuego de la torreta.

—¡Corre! ¡Vámonos!

Otra ronda de disparos cayó cerca de Han, demasiado cerca para su gusto, mientras tiraba la E-11 y recuperaba su arma y la de Chewie. Los soldados de asalto disparaban, pero el fuego del *Miss Fortune* los obligó a cubrirse, y ahora Han corría tras Ematt hacia la rampa. Chewie ya estaba en la nave. Han vio a Beck gritando órdenes, levantando su bláster, y al soldado sin armadura jalarla hacia donde podía cubrirse. Un instante después, los disparos del *Miss Fortune* chocaron donde estaba la oficial. Han estaba a punto de llegar a la nave cuando sintió un adormecimiento repentino en su pierna derecha. Había sido alcanzado por un disparo aturdidor. Sin embargo, logró caer en la rampa al momento que esta se levantaba. Ematt lo terminó de subir hacia la seguridad del *Halcón*.

—¡Chewie! ¡Hora de irnos! —gritó Han, levantándose con el apoyo de Ematt y de la pared, luego se fue saltando a la cabina. La nave se encendió debajo de sus pies, pudo sentirla elevándose del piso. El sudor le caía en los ojos y le ardía. Ematt se tropezó y Han tuvo que sostenerse solo y, una vez en la cabina, se dejó caer en el asiento del piloto.

—Te dije que algo se me ocurriría —le recordó Han a Chewie, mientras tomaba unos audífonos del comunicador con una mano y los controles de la nave con la otra.

Chewie ladró y oprimió unos interruptores. Detrás de él, Ematt tomó el asiento del navegante y se abrochó el cinturón.

—Son unos imprudentes —dijo Ematt.

—Ha funcionado hasta ahora.

Chewie bufó.

—Apenas te toqué —se defendió Han; luego puso los audífonos en su lugar y encendió los altavoces—. Yo soy el que estará moreteado, amigo. *Miss Fortune*, aquí el *Halcón*.

—Sentí que te debía una —respondió Delia desde su nave.

—¿Con esto se paga mi cuenta?

—Ni lo sueñes. ¿Está contigo?

—Aquí estoy, Delia —respondió Ematt—. Vaya amigos que tienes.

—A caballo regalado no se le ve el diente. Creo que es hora de irnos.

Chewie convino con un gruñido. Han aceleró, apagó los propulsores iniciales del *Halcón* y encendió los motores principales. La nave respondió impaciente y lista. Fuera de la cabina, Han vio cómo la contaminación de Cyrkon se disipó y las estrellas aparecieron frente a ellos. A la derecha de la nave, el *Miss Fortune* le seguía el paso, con hilillos de vapor de la atmósfera desprendiéndose de su casco como humo de una fogata apagándose.

El *Halcón* comenzó a emitir un crujido. Chewie revisó su panel, apretó un par de interruptores y encendió otro detrás suyo para activar las armas. Han vio uno de los sensores y dio la vuelta en su asiento para presionar un botón y encender la computadora de navegación.

—Angula los escudos reflectores —le pidió a Chewie, luego miró a Ematt—. Más vale que sepas adónde vamos.

—Sé adónde vamos.

—Ingresa la información a la computadora de navegación —dijo Han y dio la vuelta en su asiento. Comenzaba a sentir su pierna de nuevo; el aturdimiento desaparecía. Delante de ellos, el Destructor Estelar daba la vuelta, y un grupo de pequeños puntos volaban en formación hacia ellos.

—Delia, ocho señales en uno-uno.

—Los vemos. TIE.

—¿Cuánto les tomará entrar a la velocidad luz?

—Un par de minutos.

—Manténganse lejos del Destructor Estelar.

—No se me hubiera ocurrido.

—Destino programado —informó Ematt—, nos tomará unos minutos preparar el salto al hiperespacio. ¿Podremos resistirlos?

Han revisó los sensores una vez más y luego vio hacia fuera de la cabina. Los TIE se acercaban rápido.

—No creo que tengamos otra opción.

CAPÍTULO 11
EL CONTROL DE *VEHEMENT*

BECK PERCIBIÓ EL SABOR de la sangre en su boca, donde se había mordido cuando Torrent le salvó la vida. No dudaba que eso era lo que él había hecho. Aunque se dio cuenta de que el corelliano y el wookiee tramaban algo, el ataque aéreo la tomó por sorpresa. No consideró la posibilidad de que los rebeldes tuvieran apoyo aéreo cerca, y no hacerlo fue un error que le había costado caro. Como también le había salido cara la voluntad que tuvo la rodiana para morir; un acto que ella no habría imaginado que los rebeldes harían. Otro error que no cometería jamás.

La mitad de sus soldados estaban muertos o gravemente heridos, debido al ataque de la nave que había aparecido sobre ellos. Su ojo biológico le ardía y lagrimeaba; las lágrimas bajaban por su mejilla y se evaporaban casi instantáneamente, dejando un rastro de sal; esto era provocado por el aire caliente y tóxico que entraba a la bahía. El calor era horrible y abrumador, le secaba la boca. Parpadeó intentando limpiar su ojo, luego habló por el comunicador que tenía en la mano.

—*Vehement*, responda.

—Aquí el capitán Hove.

—Dos naves despegaron: la YT-1300 y otra. Necesito esas naves, capitán. Quiero a las tripulaciones, las quiero vivas.

—Acaban de aparecer en nuestro radar.

—No deben entrar al hiperespacio, ¿entendido?

—No somos un *Interdictor*, comandante. No tenemos la habilidad para…

—¡No quiero excusas! —Beck se dio cuenta de que estaba gritando. El sonido de los motores de un transporte opacaron el sonido del viento mientras este se posicionaba sobre la plataforma y comenzaba a descender.

—Voy en camino. ¡No permita que las naves escapen!

—Como ordene, comandante.

El transporte descendió y bajó su rampa.

—Síganme —ordenó Beck.

Torrent se levantó, había estado arrodillado junto a uno de los soldados de asalto muertos. Tenía una expresión triste. Beck se preguntó si el soldado había sido su amigo y también cómo era que Torrent reconocía entre un soldado y otro si las armaduras eran idénticas.

—Avancen —le ordenó Torrent al resto de los soldados.

Rápidamente, y como una unidad, subieron a la parte trasera del transporte. Beck presionó los controles para alzar la rampa, la nave comenzó a volar antes de que se cerraran por completo las compuertas. Cuando se cerraron, la hostil atmósfera de Cyrkon se desvaneció. Beck tosió para limpiar sus pulmones y sintió como si algo rasguñara su garganta. Los soldados de asalto se habían salvado de la peor parte gracias a sus cascos.

Torrent tosió y escupió un par de veces. Beck se limpió las lágrimas y se dirigió a la cabina.

—Quiero estar en el *Vehement* en tres minutos —le ordenó al piloto.

El piloto asintió y aceleró a fondo. Los motores trabajaron a su máxima potencia y la nave salió de la atmósfera. Beck pudo ver el enorme e imponente Destructor Estelar, parecía estar más cerca de lo que en realidad estaba. Las otras dos naves, el *Halcón Milenario* y la otra, aún sin identificar, parecían diminutas.

—El *Miss Fortune* —dijo Torrent detrás de Beck, viendo la misma nave que ella—. Seguí a los cazarrecompensas a esa nave antes de seguirlos a la ciudad.

Beck asintió ligeramente y se propuso investigarlo después. No había manera de que pudieran atacar a las naves con el transporte. Tenían que evitarlas y regresar al *Vehement*, donde Beck podía tomar control de la situación. Saber esto no la ayudaba, no aliviaba la sensación de impotencia que la consumía, ni tampoco la frustración.

—Necesitan unos minutos antes de poder dar el salto al hiperespacio —recordó Beck—. Aún podemos alcanzarlos.

—Sí, señora —respondió Torrent.

Por primera vez, no sonaba tan convencido.

La segunda oleada de TIE pasó rugiendo junto a ellos mientras llegaban al Destructor Estelar. Beck esperaba impacientemente a que la nave aterrizara en la bahía inferior principal del *Vehement*. Tan pronto sintió que la nave tocó el suelo, presionó los botones para bajar la rampa y no esperó a que bajara por completo. Corrió, sin importarle que la vieran, hacia el elevador principal; empujó a dos tenientes que también esperaban el ascensor y subió al puente.

Una vez ahí, llegó a un lugar en el que se respiraba una calma que la molestó inmediatamente. El capitán Hove estaba dándole la espalda al otro lado del puente del Destructor Estelar, mirando por la ventana con las manos en la espalda. Corrió hacia la pasarela central con los paneles y centros de control a su lado, luego trotó y, finalmente, caminó. Hove la escuchó acercarse y dio media vuelta para recibirla.

—Comandante Beck. Desplegamos dos grupos de TIE que están por atacar a…

Acérquennos. Quiero que los rayos tractores nos traigan a esas naves, al *Halcón* y a la otra.

Hove apretó los labios y levantó una ceja.

—Hay ocho cazas TIE…

—Sí, lo escuché, capitán. Me pregunto si usted me escuchó.

El capitán parecía incómodo, luego dirigió su mirada hacia la tripulación y los oficiales, quienes hacían su mejor esfuerzo para fingir que no habían escuchado nada. A Beck no le importaba que la escucharan, pero a Hove sí, así que bajó la voz y se acercó a ella.

—Comandante, los TIE están en combate contra el enemigo. Activar el rayo tractor pone en riesgo tanto a nuestras naves como a la presa.

—Estoy al tanto de eso.

—La modulación que se requiere para capturar a la presa hará trizas a los TIE que se encuentren en el rango del rayo.

—También estoy al tanto de eso. —Beck lo miró fijamente—. ¿Hay algún problema, capitán?

Hove habló suavemente.

—Son nuestros pilotos, comandante.

—Insiste en afirmar lo obvio, capitán. Tiene mis órdenes, obedézcalas en este instante o lo haré arrestar por negligencia y por ayudar al enemigo.

Hove apretó la mandíbula, y su espalda se enderezó. Inclinó la cabeza, golpeó sus talones y dio la vuelta para dirigirse al panel de control.

—Acérquense hasta el rango del rayo tractor —ordenó el capitán. Beck se tranquilizó al no escuchar dudas en su voz mientras daba la orden—. Apúntenle a la fragata y al yate.

La orden hizo eco en el puente y la nave cambió su curso. A través de las ventanas del puente, Beck veía al *Miss Fortune* y al *Halcón Milenario*: aún eran diminutos, pero estaban acercándose. Disparos de turboláser y pequeñas agujas verdes y rojas iluminaban la oscuridad, y diez naves giraban y bailaban en combate.

—Control del rayo, confirme —pidió el capitán.

El equipo responsable del rayo respondió de inmediato:

—Cuando dé la orden, capitán.

—¿Tiempo para llegar al objetivo?

—Un minuto, once segundos.

Hove volteó a ver las ventanas una vez más y miró a Beck discretamente.

—Será por poco, pero los atraparemos antes de que den el salto al hiperespacio.

Beck seguía viendo la batalla que se acercaba lentamente. Uno de los TIE intentó atacar la popa del *Halcón*, pero una línea verde proveniente del *Miss Fortune* alcanzó uno de los paneles solares del caza y lo rompió. El TIE explotó un momento después. Siete contra dos.

—Espero que esté en lo correcto, capitán —respondió Beck—. Por su bien.

CAPÍTULO 12
INTENTANDO SER NOBLE

—¡TRES MÁS se acercan a estribor, en dos-ocho señal siete! —informó Ematt. Chewie gruñó.

—¿Qué dijo?

—Dijo: «¡Dispárales!» —respondió Han, disminuyendo la potencia del motor de subluz del *Halcón* y moviendo los controles hacia la izquierda y de vuelta, provocando con esto que la nave girara casi incontrolablemente. La gravedad artificial del *Halcón*, una fracción de segundo atrasada en la maniobra, luchaba por compensar el impulso. Han casi sale volando de su asiento. Chewbacca le gruñó.

—¡Me abrocharé el cinturón cuando no esté tratando de mantenernos con vida! —respondió Han—. Delia, ¿cómo les está yendo?

—¡Nos ha ido mejor!

Otro TIE pareció salir de la nada, disparando a su paso, tan cerca que Han creyó ver al piloto en la pequeña cabina. El *Halcón* se sacudió cuando los disparos láser golpearon el casco dorsal. La pantalla de los deflectores, a la izquierda de Chewbacca, se encendió, y una pequeña representación gráfica de la nave, que brillaba de un color verde que indicaba que los escudos seguían al máximo poder, comenzó a tornarse amarilla. El wookiee revisó debajo de la consola, desconectó un cable provocando que sacara chispas y lo introdujo en uno de los conectores cerca de su codo derecho. El color amarillo se desvaneció de la pantalla y el verde regresó.

—Eso funcionará por ahora —comentó Han—. Agárrate fuerte.

Fuera de la cabina, las estrellas parecían dar vueltas y vueltas como si alguien las hubiera arrojado por el caño. Han encendió el motor de estribor para que fuera a la par de los otros dos lanzándolos en línea recta, pero también girando en círculos.

—¡No puedo dispararles si haces eso! —gritó Ematt.

—Te estoy ayudando —respondió Han—. Prepárate.

El *Halcón* dejó de dar vueltas, hizo una maniobra evasiva a babor, luego fue en picado, para después volver a elevarse, un movimiento brusco, una maniobra corelliana para invertir la dirección del vuelo. Los TIE que se quedaron atrás siguiendo al *Halcón*, reaparecieron frente a él en una cerrada formación de ataque. Chewie vitoreó gruñendo.

—Un tiro en un millón —dijo Han—. ¡Hazlo!

Ematt disparó los turboláseres del *Halcón*, las dos torretas que estaban arriba y debajo de la nave. Normalmente, e idealmente, Han manejaría una y Chewie, o algún otro ser viviente, la otra; sin embargo, su situación actual no se los permitía. Han y Chewie necesitaban estar en la cabina. No era la primera vez que se encontraban en esta situación, por lo que habían tenido la precaución de colocar controles auxiliares para dirigir las armas en varias partes de la cabina. No eran disparos tan precisos y necesitaban

mucha ayuda de la computadora, pero si Ematt sabía lo que hacía, podría derribar al menos a uno de los TIE. Han se los había entregado en bandeja de plata.

Y Ematt sabía lo que estaba haciendo. Una ráfaga de luz proveniente de los turboláseres dorsales salió disparada, y uno de los TIE que se acercaba explotó en una cascada de fuego y escombro. Los restantes intentaron separarse, dos a babor y uno a estribor. Ematt disparó con la torreta inferior, y un segundo TIE se vaporizó por el golpe directo.

—*Okey* —aceptó Han—, nada mal.

—¡Han! ¡Uno-cuatro señal seis! —lo llamó Delia.

Han volvió a darle la vuelta al *Halcón*, esta vez para dirigir la mirada hacia las coordenadas que le había dado Delia. El *Vehement* se estaba acercando, estaba mucho más cerca que antes.

—Nos están acercando al radio de alcance del rayo tractor —observó Han.

Una de las computadoras de navegación silbó y luego emitió un sonido seco.

—Tenemos el salto —informó Ematt—. ¡Vámonos de aquí!

—Delia, estamos listos para irnos —avisó Han inclinando el *Halcón* para dar la vuelta. Los dos TIE restantes que seguían persiguiéndolos les dispararon por estribor. El *Halcón* se sacudió y la pantalla de los escudos parpadeó de nuevo, el verde se había vuelto amarillo. Estaban a punto de perder los escudos.

El *Miss Fortune* apareció frente a ellos, el pequeño yate maniobraba y giraba intentando deshacerse de los tres cazas TIE que lo seguían implacablemente. Mientras los miraban, uno de los TIE disparó a lo largo del casco del *Miss Fortune*; los disparos brillaron y se disiparon, junto con los escudos. Hubo una luz brillante y un montón de escombros volando sobre el yate.

—Delia…

Había estática en los comunicadores, un instante de ruido blanco hostil, luego la voz de Delia Leighton, quien no intentaba ocultar el pánico:

—¡Perdimos nuestra computadora de navegación! ¡No podemos dar el salto!

—¿Tienen el auxiliar?

La voz de Curtis sonó en los altavoces por primera vez:

—Nos tomará un minuto poder activarlo.

—¡No podemos resistir otro ataque como ese! ¡Moriremos en el espacio! —El pánico en la voz de Delia era evidente.

Chewbacca ladró y miró a Han.

La situación no era buena. Una rápida revisión de los sensores mostró que en veinte segundos estarían en el rango del rayo tractor del Destructor Estelar. Tenían sus coordenadas listas, el hiperimpulso listo. Todo lo que tenían que hacer era girar hacia la dirección correcta y activar la velocidad luz; así, Han, Chewbacca, Ematt, el *Halcón*, todos estarían a salvo en un instante, lejos del control del Imperio. Podían irse ahora… Misión cumplida.

Pero eso significaba dejar atrás al *Miss Fortune*, expuesto, vulnerable. Significaba que Delia y Curtis serían capturados, llevados al *Vehement*. Los interrogarían y torturarían. En el mejor de los casos, la tripulación del *Miss Fortune* pasaría el resto de sus vidas en algún mundo penitenciario imperial. En el peor, no saldrían vivos del *Vehement*.

Chewie seguía mirándolo, y podía sentir a Ematt detrás suyo haciendo lo mismo.

—Más vale que canceles mi cuenta después de esto —murmuró Han.

Aceleró a fondo y sintió al *Halcón* avanzar, encendió el activador SLAM, que era ilegal, pero lo había instalado para darle más aceleración a la nave. Se acercaron al *Miss Fortune*, los TIE lo seguían como insectos ansiosos por comida. Ematt abrió fuego y le dio a uno de los TIE, mandándolo hacia la brillante atmósfera de Cyrkon; disparó de nuevo y le dio a otro directamente en la cabina circular, provocando que la atmósfera interior de la nave explotara.

—Han, vete —pidió Delia; de pronto sonó más tranquila—. Ese Destructor Estelar es invencible. Hasta aquí llegamos. No podremos hacer el salto a tiempo.

El *Halcón* se sacudió una vez más, los escudos cambiaron de amarillo a rojo. Tres cazas TIE y un Destructor Estelar. Delia tenía razón: no había manera de ganar esa pelea.

—Te cubriremos —respondió Han.

—Han…

—Delia, cállate. Estoy intentando ser noble.

Sólo se escuchó la risa de Delia por los altavoces.

A bordo del *Vehement*, Beck miraba cómo el número de TIE se reducía: lo que habían sido ocho cazas, ahora sólo eran tres. Sin embargo, algo le había pasado al yate, Beck lo vio recibir disparos y vio escombros. El *Halcón* era otra historia. Varios TIE le dispararon directamente a la sección de las turbinas, dos veces a lo largo de la línea dorsal, y una vez cerca de los dientes que salían de la parte delantera del casco, pero ninguno parecía haberle afectado.

De cualquier manera, ya no importaba, ya estaban en el radio de alcance.

—Capitán Hove.

Hove dio media vuelta e hizo señas con su mano hacia los paneles de control.

—Máxima potencia —ordenó.

—Blanco en la mira —respondieron los oficiales—. Rayo tractor a máxima potencia.

No hubo una reacción visible en los emisores de proa del Destructor Estelar. A diferencia de los turboláseres, los campos de energía del rayo tractor estaban fuera del campo visual, pero Beck podía verlo mediante su ojo cibernético. Podía verlo todo: el rayo coniforme alejándose del Destructor, la ola dorada semitransparente que se expandía hacia las naves.

Alcanzó primero a uno de los TIE que perseguían al *Halcón*, lo jaló como si lo tuviera amarrado de una correa, deteniéndolo casi cruelmente. La fuerza era demasiada para la pequeña nave, los paneles solares laterales se despedazaron como si fueran de juguete, la cabina esférica flotó inmóvil por un instante y luego se colapsó.

Junto a Beck, Hove miró a otro lado.

El rayo seguía avanzando.

—No hay escape —dijo Beck.

—Si nos atrapan con ese rayo, se acabó —les dijo Ematt—. No puedo dejar que me atrapen con vida, ¿lo entiendes?

—No atraparán a nadie —respondió Han con más convicción de la que en realidad sentía.

Chewie gruñó y rápidamente mandó el poder de los motores hacia los escudos, tomando un cable e introduciéndolo en otro conector una vez más.

—En eso estoy —respondió Han, luego habló por el comunicador—. Delia, tú y Curtis diríjanse a la atmósfera, los cubriremos. ¿Cuánto tiempo para que hagan el salto?

—Otros quince segundos —respondió Curtis.

El *Miss Fortune* dio una vuelta repentina a estribor, Han hizo lo mismo en el *Halcón*, acortando la distancia entre ellos, y lo mismo hizo el TIE que los seguía. El último TIE detrás del *Halcón* se detuvo abruptamente. A través del monitor trasero, Han vio cómo sufría el mismo destino que su compañero y era hecho pedazos por el rayo tractor del Destructor Estelar. El corelliano se sintió enfermo; no tenía ningún aprecio por el Imperio, pero estar dispuesto a sacrificar a sus pilotos, sus naves, con tal de perseguir al *Halcón* y al *Miss Fortune*, era un nivel de brutalidad más allá del que había visto jamás. Quien estuviera dando órdenes en el *Vehement* no se detendría hasta atraparlos.

Chewie rugió suavemente a manera de lamento. Han no se molestó en contestar: él y el wookiee pensaban lo mismo.

El *Miss Fortune* estaba acelerando, ayudado por la gravedad de Cyrkon, y el TIE restante seguía persiguiéndolo resueltamente, con el *Halcón* pisándole los talones. Han escuchó a Ematt alineando las torretas y estabilizó la nave para despejar su campo de tiro. La computadora sonó lentamente y luego más rápido, conforme se acercaba al blanco. Finalmente emitió un pitido escandaloso que avisaba que el TIE estaba en la mira. El *Halcón* vibró ligeramente cuando las dos torretas dispararon; sus disparos se unieron en el caza, en el centro de la cabina circular, y esta explotó como un globo. Pedazos de metal volaron en todas direcciones.

—Apaga las armas —pidió Han—. Chewie, redirige la energía de las armas a los motores y espera mi señal para que cortes la energía.

—Ni toda la potencia será suficiente para escapar de ese rayo tractor —dijo Ematt.

—Sé lo que estoy haciendo.

El *Halcón* dio un tirón y los motores crujieron a manera de queja, mientras la nave se sacudía y desaceleraba rápidamente.

—Córtala —Han dio la señal.

Chewbacca actuó sin dudarlo, estiró sus largos brazos para apagar los interruptores de las consolas superiores. El *Halcón* se quedó en silencio, las máquinas exhalando energía al desactivarse. Se movían gracias a la inercia y a la gravedad de Cyrkon, pero se estaban deteniendo, y rápido.

—¿Delia?

—Cinco segundos.

Han revisó los sensores y movió los controles para dirigir el *Halcón* hacia el planeta. Estaban en la atmósfera externa; un ligero brillo comenzaba a rodear la cabina.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —le dijo Ematt.

—Siempre sé lo que estoy haciendo —mintió Han.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Beck, exigiendo una respuesta.

—No estoy seguro, comandante —respondió Hove, luego miró sobre su hombro—. ¿Tenemos la nave?

—Hay problemas estableciendo el agarre —respondió el oficial encargado del rayo tractor, con una inseguridad inconfundible en su voz—. La gravedad del planeta crea interferencia. El rayo no obtiene un buen agarre.

—Entonces, acérquennos —ordenó Beck.

Hove dudó, y luego asintió. La segunda nave, el *Miss Fortune*, seguía fuera del radio de alcance, pero Beck podía vivir sin ella. Ematt estaba a bordo del *Halcón Milenario*, y esa era la nave que ella quería. Era la nave que tomaría. El *Miss Fortune* y su tripulación podían esperar para ser rastreados y castigados; su captura no era, por el momento, una prioridad. El premio era el *Halcón Milenario*. La nave era el premio… y la tripulación.

El Destructor Estelar continuó la persecución, Cyrkon llenaba la vista, una vista de una atmósfera contaminada. El *Miss Fortune* se elevaba usando la gravedad del planeta para impulsarse al espacio, pero el *Halcón* parecía estar yendo en picada, como si su capitán intentara estrellarlo contra la superficie del planeta. La presión en el casco de la pequeña fragata debía ser enorme, seguramente más de lo que parecía capaz de soportar; pero se mantenía en una sola pieza. Y aunque se acercaba, a Beck le parecía que no lo hacía con la velocidad suficiente.

—¿Adónde se dirigen? —preguntó Hove.

Atrapado entre la caída libre y el rayo tractor del *Vehement*, el *Halcón Milenario* se estremecía y se sacudía: la atmósfera alrededor de la nave se hacía cada vez más espesa.

La distante silueta del domo de la capital se veía con más nitidez. Han utilizó los cohetes de aterrizaje para ajustar el ángulo de la nave en lugar de los motores principales que se enfriaban.

—Delia…

—Ya casi… ¡Lo tenemos! ¡Estamos listos!

—¿Qué están esperando? ¡Váyanse!

—Han…

—Delia, sigues hablando. ¡Vete!

—La próxima, la casa invita —dijo Delia Leighton.

Los comunicadores quedaron en silencio, sin estática, sólo una fuerte presencia de calma. Chewie gruñó y sujetó su control. En los sensores, el *Miss Fortune* había desaparecido, había entrado al hiperespacio.

Sólo hubo silencio durante unos segundos.

—Entonces, ¿tu plan es chocar contra Motok? —preguntó Ematt con una voz muy natural.

—Lo ideal sería que no —respondió Han.

—Telemetría indica que se acercan a la capital —informó alguien.

—Jálenlos —ordenó Beck.

—Lo estamos intentando, comandante —respondió el oficial encargado del rayo. La miró desde su panel de control, impotente—. No podemos asegurar un agarre. Esto es lo mejor que podemos hacer a esta distancia.

—¡Entonces acérquennos más!

—¿Quiere que los sigamos a la atmósfera? —preguntó Hove.

—Lo que sea necesario.

—Comandante, si utilizamos el rayo tractor dentro de la atmósfera, sin un agarre preciso… el rayo se expandiría, se sobrepondría con la gravedad. El daño colateral al planeta sería inmenso.

—Lo que sea necesario —repitió Beck.

—Destruiremos el domo —informó Hove—. Destruiríamos la protección de Motok, comandante. Destruiríamos la ciudad.

Beck se percató de ello. Luego se dio cuenta de lo que Han Solo y el wookiee estaban haciendo con su nave, la apuesta que habían hecho. Sí, el *Vehement* podía seguirlos, podía detenerlos, podía jalarlos con el rayo tractor. Pero al hacerlo, dejaría a Motok inhabitable. Destruiría la ciudad frente a millones y millones de testigos que verían el Destructor Estelar sobre ellos, pero no la diminuta YT-1300. Los que no murieran por la exposición a la atmósfera tóxica del planeta sabrían que el Imperio destruyó su hogar. Lo recordarían, lo difundirían. Incluso con el control que tenía el Imperio sobre los medios, la voz se esparciría y se escucharía. Algunas de esas personas querrían una explicación, y

aún más, querrían venganza. Entre esas, algunos tomarían la justicia en sus manos. Algunos se volverían rebeldes.

Hove esperaba su orden. Todo el puente, todo el *Vehement* esperaba su orden. Beck pensó en la fragata, en el *Halcón Milenario* y en su tripulación, tres personas contra el poder del Imperio. Una nave que parecía que apenas podía volar, que se había desecho de cazas TIE, que había maniobrado para planear sin necesidad de usar motores, que la retaba, a ella, a atraparla, con la consecuencia de poner a todo un planeta en contra del Imperio Galáctico.

Sin decir una palabra, dio media vuelta y comenzó a caminar hacia el elevador.

El fracaso era de ella, de nadie más, y ella lo sabía.

El *Halcón* se sacudió: de pronto ya no estaban planeando, más bien caían en picada hacia Motok, que se acercaba rápidamente hacia ellos.

—¡Los motores, Chewie! —Han jaló los controles con una mano y pisó los pedales de los cohetes de aterrizaje. Luego, ocupó su mano libre para encender los generadores de repulsión. La nave se quejó, rechinando por la presión que sufría sobre el casco.

—Seguimos cayendo —comentó Ematt.

—¡Chewie, los motores!

El wookiee aulló y golpeó la consola con su puño. Un rechinido sonó detrás de la nave, luego se apagó, luego sonó, luego se apagó una vez más, la última vez acompañada de un patético carraspeo.

—Seguimos cayendo.

—¡Lo sé! —Motok se acercaba rápida y peligrosamente—. ¡Abre el recolector del propulsor primario!

El wookiee golpeó la consola una vez más, esta vez le dejó una abolladura visible, luego se estiró para tomar una de las palancas que estaba en la pared, junto a Han. Las máquinas se encendieron de nuevo y el chirrido regresó.

—Segui…

—Dilo una vez más y te vas caminando —advirtió Han mientras se levantaba de su asiento, estirándose hacia donde estaba Chewbacca, mientras el wookiee hacía lo mismo en la dirección contraria—. Chewie, a la cuenta de tres, reinicio manual. Uno… dos… tres.

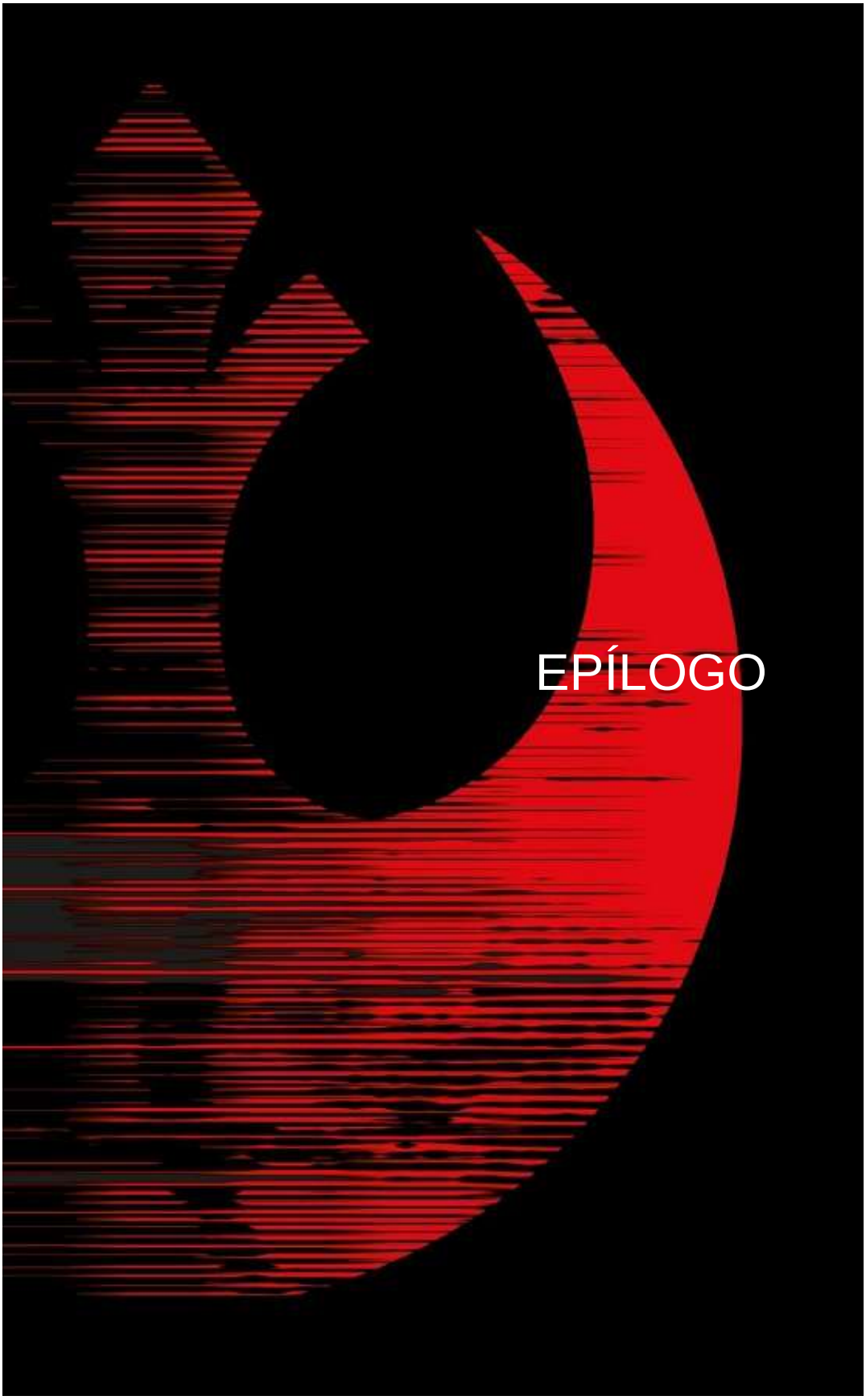
Cada uno de ellos movió diferentes palancas simultáneamente. Las máquinas tosieron, protestaron y, de pronto, rugieron. El piloto y el copiloto regresaron a sus asientos, tomaron sus controles y jalaron. Motok, terriblemente cerca, parecía expandirse debajo del *Halcón* cuando este finalmente se elevó. Han juró que la parte inferior de la nave tocó la punta del domo mientras se enderezaban y empezaban a ascender. Aceleró a fondo y sintió como si los motores del *Halcón* le cantaran. Otra vez podían ver las estrellas. Sus sensores les mostraban que ya estaban bastante lejos del radio de alcance

del rayo tractor. Unas alarmas les indicaron que otros TIE iban tras ellos, doce en esta ocasión, pero no importaba.

Han sonrió; puso una mano en el interruptor de la velocidad luz y la otra junto a la consola, acariciándola.

—No me vuelvas a espantar así, cariño —le pidió Han, luego empujó el interruptor gentilmente.

El *Halcón* saltó al hiperespacio, hacia la seguridad.



EPÍLOGO

—¿Y…? —PREGUNTÓ la mujer.

El viejo inclinó su cabeza y observó a los tres individuos alrededor de la mesa que habían escuchado su historia; luego miró a la mujer una vez más. Acarició la cicatriz de su propia barbilla.

—¿Y qué? —pregunto el viejo—. Escaparon. Ematt llegó al punto de reunión y la Rebelión continuó creciendo. Has escuchado hablar de la Batalla de Hoth, ¿no? Esto pasó unos años antes. Faltaba mucho para Endor y todo lo que pasó después.

—Ese cuento es un montón de poodoo —criticó Strater. Su frustración coloreó su cabeza, haciendo que la twi'lek de su tatuaje pareciera haberse asoleado mucho.

El viejo se encogió de hombros y explicó:

—Lo que pasa con la galaxia es que hay tantas versiones de la verdad como estrellas. Tengo un viejo amigo que siempre dice que la verdad depende, en gran medida, del punto de vista. La verdad no es lo mismo que un hecho, muchacho. Cree lo que quieras creer.

—Nunca he escuchado de Cyrkon —reclamó la mujer, cruzando los brazos.

El viejo se volvió a encoger de hombros. Su vaso estaba vacío; lo alejó de sí sobre la mesa. Cuando levantó la mirada, se encontró con que el corpulento también lo veía. Él era el líder, había deducido el viejo, y no había hablado una sola vez en todo el relato. Y para cuando el viejo había comenzado a narrar el escape de Motok, la atención del corpulento pareció desviarse al bar, a los clientes, a la cantinera, incluso al cadenero. No le había visto las manos desde entonces; estaban ocultas debajo de la mesa. Pero su atención otra vez estaba en el viejo.

—Esa historia parece estar hecha a la medida —afirmó el corpulento—. Es una historia llena de increíbles coincidencias.

—Oye, sí —habló Strater—. Por ejemplo, nos hablaste de un bar dentro de una nave que a su vez estaba dentro de un puerto, y estamos en un bar dentro de una nave que a su vez está… dentro de un puerto.

La mujer dirigió su mirada hacia la entrada de la bahía y vio al cadenero.

—Con un cadenero shistavanen en la puerta.

—Y una pelirroja en la barra.

El viejo no dijo nada. Llevaba media hora con una mano debajo de la mesa, y ahora sus dedos empezaban a rodear la empuñadora del bláster que llevaba enfundado en la pierna.

—Pudieron cambiarle el nombre —observó Strater.

—Idiota —lo llamó el corpulento sin quitar la mirada del viejo, aunque obviamente le decía a su amigo tatuado—. Claro que le cambiaron el nombre. *Serendipity*. Incluso dijo que eso era lo que significaba el nombre original en durés.

El viejo fijó su mirada en la del corpulento; luego miró detrás de él y sonrió.

—Entonces, ¿quién los mandó? ¿Los Chicos Irving? ¿Los Guavians? ¿Duncain? Yo apostaría que fue Duncain; él siempre contrata ayuda barata.

Pasó un momento antes de que se dieran cuenta de lo que pasaba. El corpulento se movió primero, sus manos reaparecieron sobre la mesa con un bláster en cada una. La mujer reaccionó medio fracción de segundo después, tomó su vibrohacha de la funda de su espalda, la encendió y la puso cerca de la garganta del viejo. El arma zumbaba, el viejo podía sentirlo a través del aire, en los dientes, los ciclos de las vibraciones casi invisibles de la navaja. Strater fue el más lento en reaccionar y darse cuenta de lo que pasaba. Sacó su arma y su piel se puso aún más oscura, avergonzado de que le hubieran visto la cara.

—Solo —lo llamó el corpulento.

—¿Podrías tener cuidado con esto? —Han usó su mano libre para empujar el mango de la vibrohacha gentilmente hacia atrás, intentando alejarla de su garganta—. Podrías lastimar a alguien.

Ni el hacha ni la mujer se movieron.

—En serio —afirmó Han.

El corpulento recargó sus codos en la mesa, los blásters apuntaron a la cara de Han. Luego habló tranquilamente, relajado, seguro de que tenía el control de la situación:

—Queremos la nave. Eso es todo. Entréganos el *Halcón* y te puedes ir.

Han sonrió; se dio cuenta de que tenía varios años que no sonreía así.

—Eso no me parece un trato justo.

—Es el mejor trato que conseguirás, viejo.

Han consideró si la distancia entre la vibrohacha y su garganta era suficiente para arriesgarse a sacudir la cabeza.

—No lo creo, tengo una contraoferta.

—No tienes nada con qué negociar.

Detrás de él, detrás de la barra, Delia Leighton dijo:

—Tiene esto.

Han no necesitaba voltear para saber lo que había hecho. El *Miss Fortune* tal vez había cambiado su nombre una, o dos, o muchas veces en los últimos treinta y tantos años; la verdad había perdido la cuenta. Y tal vez le habían hecho algunas modificaciones aquí y allá, una nueva mesera que remplazaba al droide descompuesto, una capa de pintura; pero algunas cosas no cambiaban. Las bebidas seguían siendo caras, pero bien servidas; Curtis aún trabajaba en la puerta, si a la entrada de cargamento se le podía llamar «puerta»; y Delia Leighton seguía trabajando en la barra con su scattermaster a la mano.

—Si disparas, le das a él también —afirmó la mujer.

—No importa —respondió Delia—. No me ha pagado su cuenta, así que estaríamos a mano.

—Oye —reclamó Han—, te pagaré.

El corpulento mostró sus dientes, enojado, y aseguró:

—Estás mintiendo.

—Somos tres y ustedes dos —dijo Strater.

—Cuenta otra vez —pidió Han.

—¿Crees que nos olvidamos del cadenero? No llegará a tiempo.

Han negó con la cabeza, luego sintió la vibración del hacha en su barba.

—La gente olvida detalles de los wookiees —comenzó a explicar Han—. Recuerdan que son muy fuertes. Recuerdan que son temperamentales. Incluso, tal vez, recuerdan que son de Kashyyyk. Pero olvidan un detalle.

El corpulento miró a sus acompañantes, apenas mostrándose algo nervioso. Agarró con firmeza sus armas.

—¿Que es…? —preguntó.

—Que pueden ser mucho, muy silenciosos cuando quieren —concluyó Han—. ¿No es así, Chewie?

El wookiee, que estaba parado detrás del corpulento desde hacía varios segundos, gruñó. Con un movimiento suave, Chewie tomó al hombre por los hombros, lo levantó suavemente de la silla y lo lanzó hacia la puerta, hacia Curtis. Han aprovechó la oportunidad para alejar la vibrohacha con una mano y apuntar su bláster hacia la cara de la mujer con la otra. Strater se levantó, o lo intentó, pues Chewbacca puso una mano sobre su cabeza tatuada y lo sentó.

Han tomó la vibrohacha de la mano de la mujer y la lanzó a un lado; luego tomó el bláster que colgaba de su hombro e hizo lo mismo. Mientras tanto, Chewie ya había desarmado a Strater. Han se levantó de su silla y la alejó con un pie. Luego miró a Strater y le dijo:

—Dile a Duncain, dile a los Chicos Irving, díselo a todos: no les tengo miedo.

La mujer lo miró.

—Sí —continuó Han—. Te pareces a la comandante Beck, ¿lo sabes?

Chewie gruñó suavemente.

Han apenas y volteó a ver a Delia.

—Gracias por las bebidas, capitana.

—Aún no me has pagado.

Chewbacca rio y Han pareció ofendido.

—Te dije que te pagaré.

—Me lo has dicho mucho tiempo.

El contrabandista enfundó su bláster y miró alrededor del bar. El corpulento estaba afuera, inconsciente. Curtis lo arrastraba por la puerta. Strater y la mujer lo vieron, pero no podían hacer nada; no en ese momento.

—La próxima vez, Delia. Lo prometo.

—Me encargaré de que así sea.

—Vámonos, Chewie,

Caminaron hacia la salida, lado a lado, el wookiee era mucho más alto que el corelliano. Cuando bajaron de la rampa, Curtis se desempolvaba las patas. El corpulento estaba recargado en un muro cercano de la bahía, desarmado y aún inconsciente.

—Oye —lo llamó Curtis—, ¿qué pasó con Beck?

Chewbacca gruñó y ladró.

—Te lo cuento para la próxima —concluyó Han.